

RECUERDOS DE UNA MIRISTA



CARMEN ROJAS

**RECUERDOS
DE UNA MIRISTA**

*Fue crucificado
muerto y sepultado
Descendió a los infiernos,
y al tercer día
resucitó de entre
los muertos ...*

PRESENTACION

En este libro está el relato de un período brutal y dramático de la historia de este país. Es el tiempo del exterminio, entre los años 1974 y 1977 en que la dictadura, sin trabas de ninguna especie y más bien con la anuencia de algunos sectores, cuando no con su silencio, desató la más violenta represión de que se tenga memoria sobre el pueblo de Chile, sobre la izquierda y en especial contra el MIR.

En esos años cayeron muertos centenares de militantes de la izquierda, desaparecieron miles de compañeros y fueron apresados y torturados una multitud de miristas, que en conjunto constituían una generación que se venía gestando con nuevos bríos desde la década anterior, y que logró crear una propuesta bella y revolucionaria para Chile.

Esos hombres y mujeres sufrieron, amaron, tuvieron miedo y dudas; padecieron y gozaron. Fueron capaces de grandes sacrificios y mostraron una audacia en la propuesta y en el que hacer que dejó sin aliento a muchos políticos tradicionales. Cometieron errores y tuvieron aciertos, pero, por sobre todo, se mantuvieron y se mantienen en lucha.

Por eso, para rescatar estos recuerdos y a los hombres de carne y hueso, con reacciones humanas en situaciones límites en que les tocó hacer la historia, es que se ha escrito este libro.

Habla, entonces, de la tortura, pero no sobre sus técnicas

macabras, sino como algo que le toca sufrir a un ser humano y las múltiples formas, Incluso curiosas, de reacción ante ella, así como las reacciones crueles y a veces pueriles del hombre torturador. De la vida cotidiana y los mil hechos que ocurren en lugares tan espeluznantes como una casa de tortura o tan sórdidos como los campos de prisioneros. Las formas de sobrevivencia, las angustias y los problemas; las penas, los sueños y las alegrías que acompañan los procesos humanos.

Pero, más allá de eso, el libro rescata lo que pensaban: las discusiones, opiniones, las dudas y reflexiones; las contradicciones y los debates tensos y apasionados que nunca cesaban, a pesar del horror en que se vivía, y en el contexto político de la época.

Rescata también, la resistencia de tantos hombres y mujeres, que, a pesar del miedo, el hambre y la soledad resistían sin tregua, y sin claudicaciones defendían la libertad y la vida.

Se trata, en definitiva, de ir escribiendo una historia que no sólo es la historia del MIR sino de las luchas y esperanzas del pueblo chileno, una historia fantástica, como lo es toda historia verdadera.

LA CAIDA

Recuerdo que esa noche el terror me endurecía la piel y las rodillas me sonaban como cascabeles. Tanto era lo que me temblaban, sin que yo pudiera sosegarlas. Así y todo, me asombraba la capacidad de mi mente alborotada por el miedo, para estar alerta y pensar., Aunque había perdido toda sensación de espacio y de equilibrio, me esforzaba por encontrar algún indicio de claridad y de establecer aunque fuera una mínima relación con este mundo. Pero el scotch y la venda que me habían colocado sobre los ojos no dejaban filtrar la luz. Por eso mismo se me agudizó el oído y se me grabaron todos los sonidos de esa travesía. Escuchaba el jadeo de los hombres excitados por la violencia, y los insultos con que ordenaban nuestros movimientos. Sentía a mi lado el temblor de otras rodillas; las de la Norma, y a mis pies la respiración de Eduardo, que maniatado, permanecía de bruces en el fondo M vehículo.

No escuchaba a Renato -¿Iba con nosotros? Al lado de Eduardo, tal vez... No, no iba con nosotros. Después supe que unos cuantos hombres de] grupo operativo que nos atrapó, al mando de un oficial, el Marchenko, que andaba maquillado para no ser reconocido, y llevando al Romo de refuerzo, se lo llevaron solo, en un Fiat que hizo relevo en la escuela de

sub-oficiales de carabineros, hasta la Grimaldi.

Le habían pegado mucho en cuanto lo identificaron, mientras le aseguraban que "cantaría" como canario. A lo que él respondió que no era su estilo, lo que te valió pateadura fenomenal.

De pronto, me sacó de estos pensamientos el ruido de carreras y de voces. Alguien puso en marcha el motor. Una voz espesa decía con sorna:

-Chanchitos los pillamos a los huevones. Por poco no nos llevamos para adentro a toda la UP.

-Así es que el pajarito tenía su nidito con mina y todo.

-¿Cuál de éstas es?

-La flaca chica, según dijo el Lolo. -Y agregó enseguida con la voz alterada por la ira. -Se comió los puntos la hija de puta... pero al pájaro lo vamos a picar. -Se atoró y tosió, y carraspeando continuó- A gilet lo vamos a cortarlo si no canta como canario este pájaro chuchas de su madre' -Hablabla de Renato.

-Miren donde se vinieron a metel los patuitos -dijo uno que ceceaba al hablar- ¡A los pies mismos de la escuela de suboficiales! Pero yo me los triangulé ligerito y los calcé en cuanto el Rolando largó el sector, y el Torny desembuchó la casa. Así que le dije a mi capitán: -"Hay que buscar por aquí, te dije. Más de aquí no están" A la flaca la caché altiro: tostaita y de ojos verdes, como dijo el Torny...

-Esta mina parece que es medio loca -Interrumpió otro-. Hoy en la tarde salió a pata pelá, corriendo a toda raja detrás del torrante con el organillo, pa' que les tocara unas piezas aquí en la casa. -Y continuó corno hablando consigo mismo.

-Y para eso no más era, porque en cuanto el viejo salió con su huevá de organillo a cuestras, me lo agarré y lo llevé a la casa de Bustamante. Mansa pateadura que se mamó el huevón por andarle tocando el organillo a los miristas... Si hasta el mono se fue de charchazo para que se cafiara. No ve que tenía armado el medio escándalo el mono maraco cuando agarré al viejo en la calle...

-Enlace no era el torrantito, ni lo será nunquita después de la frisca que se llevó. Por huevón... Por tocarle a los miristas -repetió machaconamente.

Me sobresalté cuando oí lo que le esperaba a Renato

Mis rodillas, como sonajeros, seguían temblando sin tregua y una angustia mortal me invadía. A pesar de todo, noté que corríamos a alta velocidad. Primero recorrimos calles pavimentadas y luego, a barquinazos, seguimos por un camino de tierra. íbamos ciegos y dando tumbos de un lado a otro. Eduardo, echado en el piso, se quedó y recibió de vuelta un culatazo, seguido de una advertencia: -

-Cállate vos flaco culiao, no te quejís tanto que luego te vamos a escarbar con chuzo pa' ver en qué andai metido.

LA LLEGADA

Al rato, y luego que se abrieron y cerraron tres portones para dejarnos pasar, llegamos.

Nos recibió una especie de jauría humana que gritaba y nos insultaba. En medio de ese griterío aterrador y del revuelo infernal que provocaba nuestra llegada, nos bajaron a patadas y empellones; agarrados por el pelo y con los brazos doblados sobre la espalda.

Así como estábamos; consumidos por el terror, aturdidos y desorientados, trastabillábamos y caíamos. A empujones, íbamos sin rumbo de un lado para el otro...

En un momento sentí la tierra en mi boca y un sabor dulce Y tibio de sangre, y temí por mis dientes. Mientras tanto Seguían las patadas y las amenazas. Parecíamos marionetas llevadas y traídas a bofetadas. Andábamos perdidos y de aquí para allá, como idiotas. Golpeados y sin saber de donde vendría el golpe, caíamos y nos levantaban a patadas, mientras que los gritos y los insultos aumentaban.

Recuerdo que en todo ese tiempo no sentí dolor, sino terror. Eso fue exactamente como entrar a un mundo de Pesadillas sin fin, donde uno se siente igual que un animal

arrinconado: tembloroso de terror, Inerme y humillado.

Después sabría que ese era el ritual de entrada. Ese es el momento en que el enemigo impone su supremacía. De esa forma "bajan" a la víctima y muestran el inmenso poder del terror, para paralizar, ablandar o, simplemente, para amedrentar:

Allí entendí el peso y la omnipotencia de la violencia: cuando me encontré sola frente a un enemigo que no para en nada, porque su lucha es radical y tienen muy claro donde y cómo usar sus instrumentos de poder. Y los usa sin asco ni restricciones; a tiempo y consecuentemente...

De pronto todo cambió. Alguien a gritos ordenaba:

-¡A la oficina, huevones! ¡Llévenlos a la oficina!

Nos llevaron a una oficina en donde lo único anormal era el horario de atención: las tres de la mañana.

Los funcionarios eran hombres serios, opacos, impersonales; de chaleco y corbata, las mangas de la camisa arremangadas; la frente arrugada y los ojos cansados.

Ahí, sin vendas que nos taparan la vista, nos miramos y nos vimos con el cuero pegado a los huesos de la cara y los ojos desorbitados. Estábamos chascones y revolcados; los labios secos y recogidos sobre los dientes; la nariz afilada... medio azules de derrota.

El funcionario, con voz monótona y cansada, dijo

-Ponga aquí sus pertenencias. Sáquese el reloj y el anillo. Su nombre. Estado civil. Dirección.

Sólo allí supe que Carlos se llamaba Eduardo y que Roberto se llamaba Renato. ¡Al final, ese hombre increíble, ese milagro de hombre, mezcla de efebo y de hidalgo español se llamaba Renato!

Su nombre no era Diego o Gonzalo como imaginé cuando trataba de penetrar en el misterio de su vida y de su origen.

Me hizo una seña de ternura y preocupación en cuanto le quitaron la venda de los ojos. Por un momento se me borró la realidad y me quedé pegada a ese contacto. Sentí que podía tomar con la mano el curso de esa mirada, al tiempo que la sensación de su peso y de su roce me erizó la piel.

-Terminado el trámite, a él lo sacaron primero. En el patio le pegaron, le colocaron de nuevo la venda en los ojos y lo esposaron. Con Eduardo hicieron lo mismo. A Norma y a mi nos sacaron juntas y, una vez que nos vendaron los ojos, a empellones nos hicieron atravesar un gran patio y nos introdujeron a una pieza. Una vez dentro nos empujaron a cada una hacia una especie de jaula o perrera.

LA JAULA

Caí en algo blando que se removía bajo mi cuerpo. Quise estirarme y encontré una pared de madera. Cuando intenté pararme alguien gimió. Comencé, con más cuidado, a moverme lentamente, pero a cada uno de mis movimientos respondían otros. Parecía que mi cuerpo se hubiera ramificado y que se desparramaba por todas partes, más allá de mi piel, de mis brazos y de mis piernas.

Al rato y sin quererlo se desbocó mi imaginación y comencé a pensar con absoluta certeza que ese lugar era un pozo negro, angosto y profundo y que debajo de mi cuerpo había otros cuerpos vivos que se movían lentamente en medio de dolientes suspiros y suaves quejidos.

Por oleadas llegaban a mí los pensamientos fantásticos. No sé por qué razón imaginé que todas eran mujeres; una rubia, tal vez, de pelo liso, alta, y tostada; morenas y finas, algunas; trigueñas 'serían otras, de ojos claros y largas trenzas. Miristas, eso son, son miristas -me dije-. Y que estaban allí desde hacia mucho tiempo, imaginé. Sumidas en ese hoyo sin fondo.

En ese mar de fantasías, se me venían a la mente las láminas de los libros de historia sagrada que leía cuando niña. En ella las almas M purgatorio, o no sé si del infierno, gemían enterradas hasta la cintura en una lejía hirviendo, por los siglos de los siglos.

Si no me aterraban más mis propios pensamientos, era porque en mi patético desvarío, imaginaba que estas mujeres

eran tan heroicas y ejemplares que por eso podían sufrir así, tan estoica y aguerridamente ese tormento. Y que las generaciones venideras tendrían en ellas -yo también me incluía-, en nosotras, el más alto ejemplo de valor y firmeza revolucionaria. ¡Qué locura!

Mientras tanto, tenía la sensación que el todo compacto que formaban nuestros cuerpos se movía en ondas como una gelatina y ya no sabía exactamente donde terminaba mi cuerpo y comenzaban otros.

De pronto... una palabra en voz baja, casi un susurro, me volvió a la realidad.

-¿Vienes del puerto?

-No, de aquí, de Santiago...

-¿Cómo estás?

-Bien..., creo.

-¿Eres la compañera del Pájaro?

-Sí... ¿Cómo lo sabes?

-Los esperaban desde la semana pasada... A todos les preguntaban por él... A todos los que han llegado últimamente... y sacaron a varios a porotear para traerlos a ustedes.

A renglón seguido, y sin mediar más explicaciones, me instruyó:

-Acomódate. Nosotros nos turnamos para descansar: 2 se paran y 2 aprovechan de sentarse con las piernas recogidas a la barbilla para caber. Siéntate en tus zuecos mejor, así ocupan menos trecho y no nos maltratamos con los zapatos. Bueno?

Me di cuenta que era argentina. Después me asusté y pensé que podía ser uruguaya... Entonces, es Tupa, me dije, y eso significa que aquí están los casos más "pesados" y será difícil pasarla... Y me estremecí sólo de pensarlo.

Al poco rato sucedió algo inexplicable: me invadió un pesado sopor y me quedé incomprensible y profundamente dormida.

Desperté sobresaltada por un grito desgarrante que rompía la noche. Lo seguían insultos y ruido de golpes. Eran

alaridos de dolor que se le estampaban a uno en el cuerpo...En segundos tuve la certeza que torturaban a Renato. Había algo de niño en esos gritos desgarrados. Me aterró al pensar que lo matarían, pero al instante temblé porque en cualquier momento me vendrían a buscar para llevarme al interrogatorio, y yo ya sabía lo que era la tortura. Eso me hizo caer en un estado maldito de horror y desesperación. Y sin embargo, aún me quedaban reservas de terror, porque pensé en mi hijo de 3 años que estaba en la casa donde nos apresaron, y se me recogió el estómago de imaginar que también lo tenían y lo torturarían junto a nosotros.

-"No paran en nada estos hijos de puta, -me decía con desesperación- porque no cabe duda que son unas bestias, unos locos sádicos". , Lumpen es lo que son. Lumpen embravecido y soberbio que está desatado y con libertad de aniquilar si es preciso, para conseguir información o colaboración.

Por suerte, mientras pensaba estas cosas, crecía mi odio y él me daba fuerzas, porque también sin descanso me crecía el pavor y ya no tenía cómo escapar de esa sensación de sobresalto y de miedo atroz que me invadía.

¿Qué le harán a mi niño? me preguntaba. ¿Qué te harán?

¿y, a mí? ¡A mí que no me hagan nada! yo no podré resistir otra vez la tortura... ¡Ojalá que me muera ahora mismo! suplicaba para mis adentros, sin saber a quien dirigir mis súplicas.

-"Que a mi niño ni le hagan nada... ¡por Dios!, ¡Nada! No hablaré. Pero... no, que no lo toquen, que no lo aterricen! ¿Cómo lo haré para que no lo toquen? ¿Cómo voy a hablar ... después que he resistido tanto! No, no podré resistir! ... Si yo muero, se acaba el riesgo. Pero, ¿cómo morir? ¡No hay ni con qué matarse en esta puta cárcel !".

Ahí aprendí que en el fondo de uno, de todas maneras se agazapa el instinto de vivir. Eso sí que a veces duele hasta el hueso. Se vive en el horror y se clama por la muerte. Pero allí, en el centro mismo del infierno, donde todo se vuelve en contra, y donde los amores y los recuerdos tan pronto son

motivo de heroísmo como de debilidad, porque juegan en el límite de la resistencia humana y uno no quiere otra cosa que morir, para borrarse y dejar de sufrir y de temer. Al mismo tiempo como que las raíces se rebelan y se aferran a la vida, más allá de la razón y de la voluntad y también más allá de la locura.

Por eso, aun cuando el horror se extiende fuera de la geografía del propio cuerpo, y uno siente el dolor que le están produciendo al otro, además del propio dolor y el miedo propio; aún así, y a pesar de esas circunstancias, de todas maneras uno mantiene una absurda e irracional esperanza de vivir, y desarrolla de cualquier modo una suerte de estrategia de sobrevivencia.

- "¿Y cómo voy a salir yo de ésta? -pensaba y pensaba-. ¿Qué puedo inventar, qué.... qué puedo inventar?

-Me haré la loca, eso voy a hacer. A Eduardo, lo conocí... lo conocí.... ¿dónde? Donde mierda digo que conocí a Eduardo. ¡Ah! ya sé. Diré que lo conocí... ¿dónde? Bueno..., en Osorno. Eso es lo mejor... En Osorno lo conocí. Podría... eso es, podría acordarme, porque mi amigo vivía allá y Eduardo trabajó un tiempo en la Universidad de Osorno. ¿Qué año fue?... Bueno, ya pensaré.

-Y si torturan a mi hijo. ¿Lo habrán traído? Qué pasará ahora. Ahí vienen, me vienen a buscar. ¡No!, ¡No!, ¡Por Dios! Que no me lleven... ¿Qué me harán?... ¿Qué? ¿Qué digo?

Me morirá si no resisto. No puedo decir nada. Hay que salvar lo que quedó, a toda costa hay que salvarlo!... Pero... ¿cómo?

- "¡No sé nada!, ¡No sé nada!, y así, me mantendré en eso aunque me rajen a palos... Y la pobre Caria que no tiene nada que ver... ¿Qué será de ella? Tenemos que dejar claro que na' que ver.

Diré que es una niña medio tonta y cabra chica. Que nos cuidábamos de ella porque no entendía nada y era capaz de meter la pata, porque hablaba mucho y no sabe guardar secretos... una inconsciente sin criterio. Eso diré. Ojalá los otros digan lo mismo".

Pero eso de la Caria era lo de menos. Lo otro, lo otro era más difícil y delicado...

Sudaba a torrentes y buscaba enloquecida de donde cresta agarrarme para recuperar altura, mientras algo, algo más allá de los sentidos, me decía que vendrían por mi.

Seguían torturando al flaco. Ola sus gritos mezclados con los insultos de los torturadores. Necesitaba urgentemente encontrar algo del ser humano que yo supuestamente era y que me estaba abandonando a la carrera.

-¡No hablar! No hablar era la consigna. El flaco no lo hará; Eduardo tampoco. Hablar es peor que la muerte... Pero, ¿y la tortura? Yo ya sé lo que es, y una vez más se me hará intolerable. ¿Cómo voy a resistir? ¡Estoy aterrada, aterrada! ¡Por la gran puta! ¿Qué me pasa?"

Allá en el Sur hablaron dos de los que caímos en septiembre del '73. Fue un tiempo durísimo. El salvajismo era alentado por la revancha y se ensañaron con nosotros. Sin embargo, cuando se supo que esos dos habían "hablado", nadie lo pudo justificar, a pesar del horror que se vivía, y tampoco, nadie, quería estar en el cuero de ellos.

En mi inconsciente seguía buscando las fuentes del valor.

-¡Padre mío! ¡Tata! dame fuerza, ayúdame con tu cariño tierno, con tu tremenda bondad, con tu ironía fina, con tu linda figura. ¡Tata! ¿Cómo me portaré? ...Si, resistiré... pero, prefiero morir... Las niñas sabrán, a pesar que las dejó tan solas y que prácticamente me las saqué de encima, que no hablé, que resistí, que aguantó. Para ellas eso es importante. Será su única herencia". -Pensaba con un dramatismo teatral y hasta pueril. Un heroísmo trágico en medio de la derrota era lo único que se me ocurría; era mi fuente de valor.

Me vela allí, en medio de la definición de la vida y la muerte, como algo que pudo haber sido y no fue -como el bolero-. Una especie de nueva versión de la mujer capa media de un período de transición. Algo intelectual, alocada, impulsiva, medio rígida, pero irreverente.

Sentí que así iba saliendo a flote, que ya me funcionaba la cabeza:

Siempre de izquierda, pero con buen pasar. Con la película clara de que el socialismo era la solución para el avance y el progreso, y, en especial, para acabar con la mierda de la injusticia y el hambre; para terminar con la prepotencia insolente de momiaje y también para salir de esa chatura insoportable que se sustentaba en las medianías come mierda.

-Latinoamérica se cae a pedazos- decía, como iluminada, y lo creta. No hay salida sin revolución -lo creo-. Como creí y creo que hay que cambiar cambiando. Que la UP fue un avance, casi un amanecer, pero que, desgraciadamente en su seno llevó el signo W fracaso.

En definitiva, me torturarían de nuevo por eso. Como ya lo habían hecho en el sur. Aunque allí fue más siniestro aún, porque me dieron hasta que medio me mataron; con rabia, por venganza y con odio. Pero, además, querían que firmara que el Plan Z era efectivo, que yo estaba implicada y que los cabecillas eran los hombres, con nombre y apellido, de la Dirección de varios partidos de la izquierda.

¿Para qué? Para tener una justificación pública de los fusilamientos y la represión que se desató sin misericordia.

No firmé, resistí, pero a fuerza de una tremenda mística y de los miles que en ese momento me acompañaban.

SI, me sentía acompañada por cientos de miles que aun empujaban con todo para ir hacia adelante con el proceso, y parar a los milicos y a los momios.

Después sabría que, a esa altura, era la inercia de la movilización del período anterior lo que yo percibía como una disposición de lucha y rebeldía.

Con mi manía de fabular, a veces hasta sentía como un fragor de banderas y un rumor de multitudes que anunciaban la Aurora roja, como le decían. Y de eso tenía mucho mi opción, porque proletaria, lo que se dice proletaria yo no era.

Se me desparramó la familia. "Que se vayan, que se vayan todas, cuanto antes a México" -pensaba obsesiva, mientras me torturaban y amenazaban a las niñas. Enloquecida pensaba mientras hacían toda suerte de atrocidades conmigo -

"A México, a México se tienen que ir. Que no se queden, que las saquen cuanto antes".

Que la Angélica lloraba solita y callada todas las noches, -me dijeron- que la Barbarita tomó un poco las riendas. La Rosy cuidaba al cachorro: mi pequeño Juan, al que cuando volví a ver, una vez que salí de la cárcel, se le había ido irremediadamente mi imagen anterior. No me conoció como la de antes. Me dijo como tratando de entender: ¿Tu eres la otra mamá, que se fue a Mehuin?

Isabel y Jorge tuvieron que salir de la ciudad y venirse a Santiago el mismo día que me llamaban por el Bando Número 12, porque los buscaban y les allanaron la casa donde vivían a la orilla del mar. Para después salir al largo exilio en España. Mi ex marido cayó preso en Punta Arenas y allí quedó prisionero en un regimiento, por largos meses.

- "...Y, ahora, otra vez aquí... en las mismas.... por lo que se dice, nada. Por tratar de... pensarq9e... proyectar esto y lo otro. Buscar por aquí y por allá cómo organizar la cosa. Ordenar el repliegue, salvar un mimeógrafo; la imprenta. Buscar una casa para resguardar la dirección, recoger un compa descolgado. Implementar la táctica en esa carrera loca y sigilosa de esos días. Pero, igual, el papel de uno, mínimo. Un gramo de arena en la reestructuración: un punto, un documento descifrado a hurtadillas, un barretín laborioso e ingenuo... ¿Qué otra cosa? Pensaba, revisaba. Claro, conozco gente para arriba y gente para abajo y para el lado. Con Eduardo trabajé en su organización y también conocí algo. Eso es todo lo que hay que guardar. Y hay que guardar sobre todo nombres, puntos, casas. Aquí adentro, como tumba, ya sabes, aunque te rajen a palos... Aunque... ¿aunque te presionen con el hijo? Por el hijo mismo... porque no muera la causa, la idea... porque valga la pena vivir ... ? Sí. Por eso... Pero... ¿cómo?

Pensaba, pensaba y pensaba, y pienso que pensé así Porque creí y creo que todo eso valía la pena, para luego. Para hacer camino en la dura lucha que nos esperaba. Sin embargo... ha pasado tanto tiempo...

-¿Se ha hecho camino? me pregunto hoy.

A veces pienso que ese surco que se trazó a punta de dolores y heroísmo y de luchas en esos primeros años, no ha sido ocupado a plenitud. Que estamos estancados... pienso... Tal vez... buscando en los libros y en otras historias nuestra historia, mientras nuestra propia historia nos va pasando un poco por el lado.

Porque en las Direcciones de la Izquierda hay una parsimonia en el pensar y en hacer política que no se compadece con la capacidad de heroísmo, de resistir, de creer, de perseverar y de luchar que demostraron y mantienen miles de hombres y mujeres dispuestos a morir por la revolución.

Y por el lado de nosotros, M MIR, sinceramente me pregunto de dónde provienen nuestros límites. No están ni en la corbardía, ni en los intereses mezquinos; no residen en la falta de análisis y de instrumentos adecuados, proclamamos que son científicos. ¿En qué, entonces? ¿En el voluntarismo, en nuestra falta de relación más estrecha con la realidad, y más extendida, más cotidiana con el pueblo? ¿O es en nuestro origen, en la composición de clase que marcaba al Partido? ¿En la visión de la realidad mediatizada por la sola interpretación política, sobreideologizada y ortodoxa, y por el andar mucho sólo en ese plano? ¿Será, tal vez, porque no conocemos, o no tomamos en cuenta o hasta subvaloramos los sentimientos, las emociones las creencias, los prejuicios, las tradiciones, los lazos y las cosas que verdaderamente apasionan al hombre cotidiano y a las multitudes? Y eso nos pierde y cuando creemos que las masas van para adelante, de verdad están replegadas y lo que se mueve en su vanguardia empujada por la voluntad. Y cuando las masas vienen en marcha nos confundimos porque no desciframos sus motivaciones a tiempo, ni tenemos los suficientes instrumentos de mando para dirigir sus luchas básicas. La eterna lucha por sobrevivir: por el pan, por el trabajo, la vivienda, la salud, la educación. Las pequeñas luchas para conseguir lo mínimo

de esas faltas. Ahora que les falta todo y se les niega todo: la sal y el agua, para vivir?

¿Qué nos pasa? ¿Por qué después de tanta lucha no logramos calar hondo en las multitudes? ¿O es que realmente la represión consiguió sus objetivos de exterminio y liquidó a una camada de dirigentes capaces, geniales y sobretodo conductores legitimados ante las masas y el partido, que no ha logrado recomponerse justamente en eso, en la estatura de conductores, que es la más difícil de logra0 ¿Es por ahí que va la cosa? ¿No? Entonces: ¿Por dónde va lo que es cuenta nuestra responder y corregir?

LA TORTURA

El estruendo de la puerta, abierta con violencia, interrumpió bruscamente mis pensamientos.

- "A ver flaca concha de tu madre, ahora sí que no te vas a hacer más la blanca paloma. Vas a cantar ' al tiro no más, huevona, o te vas a ir cortá como la Lummy".

Era el Romo, maloliente y furioso, que me venía a buscar Para llevarme al interrogatorio.

De nuevo el pavor, el cascabeleo de las rodillas y el corazón que no me cabía en el cuerpo. Sentía la cabeza abombada, que me latía violentamente y una picazón incomprensible me atormentaba. Tenía unas incontenibles ganas de orinar y la mente electrizada por un terror infinito. Ya no me quedaban fuerzas. De nuevo era como un animal, como un animal y nada más.

A empellones me sacó el carajo. Ya no sabía por donde andaba, enceguecida como estaba por la venda.

la sensación de vacío era una cuota más de terror. Perdido el equilibrio, tropezaba y creía tener siempre por delante paredes y escalones inminentes. Cualquier movimiento me presagiaba desastres. Un estrellón o una caída sin fin Parecía ser mi destino inmediato. Estaba al borde de la locura cuando hilé el primer pensamiento. "A la tortura me

llevan---. -Eso me dije. Y en ese mismo instante se me desató la imaginación.

Mi fantasía desquiciada vagó sin rumbo por toda suerte de tormentos horribles e imaginé un sin fin de suplicios medievales, mientras temblaba sin cesar... ¡Siempre temblaba!

EL ROMO

Estaba en éso cuando de nuevo me interrumpió el vozarrón del Romo:

-Si vai a mial, mea altiro mejol, porque en la parrilla te vai a recagar.

-Mea ahí mismo no más, o querís que te lleve a las "casitas"? -me dijo burlón.

Cuando terminé, me levantó en vílo. Su olor viscoso a Pachulí me inundó y sentí su aliento humedeciéndome la cara cuando me preguntó:

_ Sabís donde estai...

-No '

-Estai en la DINA -me dijo- haciendo como que estaba metiéndole miedo a un niño. Se divertía tremolando la voz y repetía riendo. "En la Diiiiina...".

-Tenís miedo?

-Sí.

Si te portas bien vas a salir ligerito -dijo paternalmente y casi confidencial- Si no.... te vamos a recagarte a ti y al pájaro...

Desnuda, me amarraron a la parrilla. Antes, me hicieron sacar un collar de cuentas de colores que me hiló mi compañero -noté eso-. El collar me rejuvenecía y me gustaba.

Los hombres bromeaban porque la sangre de la menstruación me chorreaba por las piernas. Yo seguía tiritando. Pero, a la vez, estaba tensa como una cuerda,

mientras toda mi piel estaba alerta ante el dolor que la mordería sabe Dios cómo y desde dónde.

La electricidad me produce un terror sin límites. La sensación que produce es intolerable. ¡No la puedo soportar!

Era increíble lo que me pasaba y lo que habían hecho con muchos de nosotros, pero ya podía elegir un suplicio entre otros. Y yo prefería ¡que me golpearan!

Recordé mi primera prisión en el Sur. Allí me curé de espanto con la electricidad y otras aberraciones.

Entre las prisioneras de ese tiempo hablábamos de las experiencias sufridas y descubrimos que cada una tenía una escala de tolerancia a las torturas. Había una joven dirigente campesina que prefería mil veces la tortura con corriente eléctrica, o que la molieran a palos antes que la incomunicaran. Ella cayó de las primeras; estuvo incomunicada más de un mes y casi se volvió loca,

Volví a la realidad cuando en un gesto deschavetado, el Romo me subió la venda, y le dijo a los otros:

"Miren, ésta tiene los ojitos verdes, y no parece, porque es morena".

En ese instante temí que me violaran. Pero no. Porque empezó la inacabable ceremonia de la tortura.

-A ver, a ver, dale máquina no más.

-Tenís el cuestionario?

-Sí. Lo hizo mi Comandante... ¡Porque ésta sabe!... Si no, ¡miren con los que cayó! Tiene que ser enlace del CC del MIR con el PeCé y el Peése.

-Si no, ¿porqué hoy mismo en la mañana hizo punto con sindical? Porque ésta fue la que fue a la oficina del viejo Long, que es asesor sindical del Peése. Por eso fue p'allá ésta.

-¡Ya! ¡Ya! Habla fuego, huevona, habla, habla, luego te digo!

- Dale, dale duro no más, tiene que hablar luego. Y el flaco también va a tener que hablar. No saca na' con estar hueviando. Va a tener que largar la pepa, y luego!

Recibí la primera descarga con un alarido. Todo mi cuerpo se remeció bruscamente. Me crugió la cabeza y los tobillos me

dolieron tanto, como si además de los huesos, me estuvieran golpeando cada uno de los nervios y las venas de las piernas.

Sentí que se me recogía el útero en un espasmo doloroso. Me mordí la lengua e inmediatamente sentí que me metían un trapo húmedo y pegajoso en la boca.

El tiempo fue otro enemigo: esperaba, eternizada en el pavor, los breves intervalos entre descarga y descarga, tensando el cuerpo y retorciendo los músculos en un intento de fuga imposible que moría en el solo espacio de mi cuerpo. Entonces, cada descarga venía más atroz y dolorosa que la anterior.

-¡Larga! ¡Larga! ¡Larga luego! Punto pa'riba; estructura, nombre, "chapa".

Otra descarga.

-Nivel de enlace. Punto.

-¿Qué sabís del Chico Feli? ¡Larga!, larga el punto luego, te digo.

-¿Cómo se llama el enlace? ¿Quién es el suplente del flaco?

-¿A qué nivel es el enlace Pecé, Peése? ¿Y el Charme? Nivel, estructura, relaciones. -¡Ya!, habla mejor antes que te saquemos la mierda! ¡Putá e'mierda!

-Habla mejor, si no querís que te saquemos las uñas, una por una, mirista culiá -amenazó otro.

-¡Ya! ¡Ya!, ¡Cuélguenla, y ahí le dan máquina hasta que hable!

-Contesta, ¡Mierda!

Me ahogaba. Mi cuerpo saltaba solo.

Uno de los hombres se hincó sobre mí y me dio golpes de puños en el pecho. Me cacheteó y de nuevo sentí el sabor de la sangre en la boca. Recuperé la respiración.

-Sáquenla y que traigan al flaco culeado -dijo el que dirigía la tortura.

-Tenis que hablarle, huevona. No vis que si no, te lo vamos a matar. Dile que mejor largue los puntos porque si no se va cortao él, vos, el huevón de su jefe y unos cuantos giles más.

-Parece que a ustedes les gusta morir por las huevas. ¿Pa' qué? Si ya perdieron. los jefes somos nosotros ahora -dijo con sorna, mientras hablaba con voz suave y contenida el que hacía el papel de bueno.

Trajeron a Renato.

-¿Con que vos soy el Pájaro, no? Aquí te las vai a ver conmigo. Mira bien at u mina ahora. Ahí está. La vamos a rajar sí no hablai.

-Súbelo. ¡Más! Ahí. Por ahí está bien. Pasa la máquina. La picana, te digo.

Enchufa la radio -ordenó a otro en tono festivo ¡Empieza la función!

-Sácale luego la venda a la mina pa' que vea lo que es bueno y refresque la memoria.

Un alarido cruzó el. espacio. Al flaco, desnudo y colgando por los brazos, le aplicaban corriente con una picana.

Se balanceaba espasmódicamente., Estaba pálido y desencajado. Tenla un ojo en tinta, la mandíbula hinchada y sangraba por la nariz. La rodillas y los codos los tenía rotos. Estaba todo lleno de moretones. A cada descarga daba un alarido. Se sacudía pesadamente y sus largos brazos se estiraban.

Pasó una eternidad. Cada cierto tiempo me insistían en el cuestionario, o me pegaban en la cabeza y en las piernas con una especie de reglas planas y flexibles. También me daban Puñetazos en los senos, cachetadas en la cara y puntapiés en los tobillos, que ya tenía heridos por las ligaduras.

En algún momento pararon y me echaron a la jaula de donde me habían sacado.

-No le vayan a dar agua porque está maquiníá. -Fue la orden a las compañeras.

Ya no podía más, estaba histérica. Lloraba mucho más Por el temor, que de dolor. Tenía la absoluta certeza que matarían al flaco... o a mí. Pero no sabia cómo ni en qué momento.

Las mujeres me acogieron y, como podían, trataban de darme algún cuidado.

Alguien me preguntó suavemente cómo me sentía.

-¡Fuerza! ¡Fuerza! Esto es lo peor. Ya va a pasar, ya pasará.

-Decía una voz casi maternal.

No te quiebres, ¡por favor! -casi suplicaba otra- ¡Ten valor!

Seguía escuchando los gritos cada vez más desgarradores de flaco.

-¡Lo van a matar! ¡Lo van a matar! -decía llorando y hablándome muy bajito a mí misma.

-Tal vez no, tal vez no -Me contestaba alguien-. No pienses en eso. Es que está recién llegado, y la primera semana es la peor.

-¡Que no lo maten, ¡Que no hable! ¡Que no lo quiebren! ¡No! ¡No! ¡Que no lo maten! -suplicaba yo, agotada de espanto.

Y, de nuevo, absurdamente, me quedé dormida.

Al rato, no se cuanto rato, me sacan a empujones.

¡No!, ¡No!, ¡Por favor! ¡No me lleven a la parrilla! -le pedía a gritos, no sé a quién-. Por favor, por lo que más quiera, no me lleve, ¡se lo suplico! ¡No me lleve ... !

La idea peregrina de la heroína estoica ante el tormento, que alguna vez abrigué; de la revolucionaria altiva y hasta elegante ante las vicisitudes de la vida, se volaba aceleradamente de mis esquemas. Lo único que ya me importaba era no hablar ni entregara nadie y, para evitarlo, era capaz de besarle las patas a esos rufianes.

A bofetadas me tiraban de un lado a otro. Sentí de pronto el escozor de una patada en el trasero y el crujido de las vértebras.

Eran varios los hombres que me apremiaban. Yo había perdido totalmente el dominio de mí misma. Suplicaba, lloraba y a la vez me resistía. A la rastra me llevaron a la parrilla, y de inmediato me ordenaron que me desnudara. Lo hice tiritando. Estaba empapada de sangre y sudor; olía a perro muerto.

EL RONCO

De pronto... sentí una voz espeluznante que me increpaba. Era el Ronco en persona el que dirigía el Interrogatorio. El famoso oficial a cargo de la Grimaldi. El tal Marcelo Moren. Un individuo grande y rubio; de esos rubios con la piel muy colorada. Un sádico con pasado de joven provinciano; fanfarrón, estúpido; arribista y medio delincuente.

-Aquí -rugió- ustedes están para que hablen. Sea quien sea, aquí habla. Se demore un día o un año, aquí cantan todos. Nadie nos viene con tretas aquí, ¿oyeron?! -atronaba el aire con ese vozarrón que paraba los pelos.

-Hablen, o lo pasarán mal. Tan mal que nos pedirán a gritos que los matemos.

¿Por qué hablaba en plural?

Luego me di cuenta que Renato también estaba allí.

¿Porqué, para qué lo trajeron? ¿Qué nos harán, ¡ Dios miol qué nos harán? -me preguntaba.

-"No me hagan nada, por favor, no me hagan nada. El les puede decir que yo no se nada" -decía yo, casi sin voz.

De pronto, y a pesar de que me habló en voz baja, escuchó nítidamente que Renato me decía: "¡Mi amor, fuerza... por favor!".

-Llévenla a la Parrilla. ¡Y tú; ¡habla; ¡ O la despachamos delante tuyo -dijo secamente el Ronco.

Fue una sesión terrible. Me colocaron electrodos desde la cabeza a los pies. Gritaba y mugía. Sobre todo, mugía de adentro, desde el útero me salían los mugidos. Sentí que de nuevo me ahogaba y de nuevo pensé con alivio que me moría. Perdí la noción del tiempo. En algún momento sacaron a Renato, y a mí me llevaron a un baño Inmundo para que medio limpiara y me vistiera. Escupía sangre.

Después, desmadejada, me tiraron en la celda.

Mientras tanto, en algún lugar de la Grimaldi le seguían dando al flaco y a otros Infelices.

EL TERROR DE QUEBRARSE

Las mujeres me hicieron el mejor hueco para que descansara.

Descansar no podía en esas eternidades de angustia que pasé sumida en un terror obsesivo.

- ¿Hasta cuándo no darán? -me preguntaba sin cesar- ¡Ya no podré resistir más tortura! ¡no puedo más!

El llanto de un niño rompió el hilo de mis pensamientos y me quedé en suspenso... -"¿Quién será? no, no es Hernán.... pero... ¿y si está aquí, si me tienen preparado eso? ¿Si lo torturan en mi presencia? ¡Dios mío, ¡no! no... no lo podría resistir. ¡Cómo voy a resistir eso!".

Podría seguir haciéndome la loca -"na' que ver"-, pero ellos quieren cosas concretas: "resultados", como lo decían a las cosas concretas.

¿Y qué pasa si alguien habla? ¿Seguir negando todo? -"Yo na'que ver, jefe. Quedé mal luego de mi primera detención en el sur, por eso no quise meterme más en nada. ¡Tengo mucho miedo!".

Así podría seguir, mantenerme en eso. Pero de nuevo venía la duda obsesiva -"¿Y si alguien se quiebra y lo larga todo? ¿Cómo podremos resistir sin que nos saquen a pedazos lo que ellos quieren? ¿qué otros tormentos nos esperan?".

De nuevo pensé que a Renato lo matarían y me dolió profundamente. Lo amaba como a nadie en el mundo y lo admiraba. Quería desesperadamente que viviera, porque ya no se me podía imaginar la vida sin él y, porque lo presentía como uno de esos compañeros equilibrados, firmes. De esos que son tan necesarios para dirigir la larga lucha y que, por desgracia, no andan sobrando en estos días. Por eso, morir así, en manos de ese lumpen, me parecía absurdo. ¡Como si hubiera una clase de muerte para cada vida! Sobretudo por esos días, cuando la muerte andaba suelta y se moría uno de cualquier modo.

Estaban cayendo los mejores.- Llegaban y llegaban

miristas. Caían, y muchos caían así..., casi ingenuamente.

Comencé a pensar con amargura que se analizaba brillantemente el carácter del período y de la dictadura; se describía con pormenores su estrategia; se enmarcaba adecuadamente la situación política en la ferocidad de la contrainsurgencia, pero, en lo concreto, se cala de esa forma: sujetos sólo por la idealista concepción de que nadie hablaría; y de unas normas de seguridad, que pasaron a depender más de las cuestiones conspirativas; de las casas de seguridad, de las chapas, de los más o menos recursos que se tuviera, que de la línea política, de la táctica, y su adecuación a la nueva situación que se vivía.

Es cierto que tuvimos una correcta decisión política de luchar y de intentar conducir el repliegue para dar respuesta, desde una perspectiva revolucionaria, a la situación. Siempre hemos sido un partido en lucha y en esa situación también nos esforzamos por no desligarnos de las masas y dar conducción, incluso por aquellos que en franca desbandada o desorganizados y sin respuestas, no las daban.

Pero, ahora, a la distancia, tal vez uno puede aceptar que, con todo, no se logró ver la realidad como una globalidad tremendamente compleja y nueva. Que más allá del marco y de las grandes características del período, no supimos descubrir el significado de cada acontecimiento, el papel de cada sector, de cada clase. No se lograba definir con exactitud la oportunidad y los ritmos con los que se echarían a andar los planes más correctos y las tareas viables de realizar en las nuevas condiciones. No calibramos en todo su dramático alcance, el desbande de la izquierda y el repliegue profundo de las masas. No se pudo descifrar cuáles eran las posibilidades abiertas y los espacios que se habían cerrado en la nueva configuración de la escena política. No, no lo suficiente como para establecer un lazo firme con la realidad y hacer la política inserto en ella y a la vez, evitar los costos altísimos que estábamos pagando. Nos demoramos en comprender que el problema no era sólo Dictadura-Revolucionarios; era más

complejo, y en esa complejidad debimos buscar el quehacer, la seguridad y las líneas políticas.

Miguel, genialmente, vislumbró todo esto. Pero no se tuvo la capacidad de saltar por sobre las barreras propias del estado de desarrollo en que nos encontrábamos, para aprehender la esencia de la nueva situación. Paradojalmente, estábamos limitados por nuestra rica historia, por nuestros bellos mitos y por el idealismo trágico de creer que lo que se piensa es realidad y que la voluntad suple a la política.

LOS QUEBRADOS

Caían y caían, mientras tanto, los compañeros: en una esquina cualquiera, en un punto. Con un montón de papeles, un documento, un archivo, un instructivo y sin armas, o en otras, en tiroteos de vida o muerte. Caían cuadros medios y enlaces que, a veces, muchas veces, tenían más información que la necesaria.

En las casas de tortura comenzó a cundir la historia acuñada por los quebrados y los disidentes de última hora, de que ya no valía la pena luchar; que todo estaba concluido y que la medida más correcta para salvar a los cuadros que sobrevivían, era entregarlos, para evitar así que los mataran.

Eso, al menos, fue lo que le argumentó Tomy -el que lo entregó- a Renato, para instarlo a hablar.

-"¡Si tienen el organigrama completo, pájaro! -decía con fatalismo-. Aquí no se saca nada con negar para luego correr el riesgo de quedarse en la tortura. Si no eres tú, será otro el que les entregue lo que ellos quieren -repetía, plañidero- Es por un problema de sobrevivida, flaco. ¿Entiendes? Si seguimos duros no va a quedar nadie. Tienes que pensar que la lucha no termina aquí y uno debe pensar realísimamente qué es lo que nos conviene más. Y hoy lo que conviene es estar vivos, ¡no muertos! porque muerto uno no sirve más. ¡Cúdate, cúdate tú! Date cuenta, por favor, que

estamos derrotados. Está quedando la cagá por todos lados. ¡No te day cuenta!".

Pronto supimos que ése era el discurso oficial de un grupo de quebrdos, y que la lógica para ellos era esa: una lógica adoptada a la carrera. Con una diligencia pasmosa que no les dejaba espacio para la duda. Una lógica demasiado simple para tratarse de mentes marxistas. "Habla y delata; es ¡o adecuado -repetían-. Hoy han cambiado las condiciones y en esta coyuntura, el leal, el que se tranca; caga; y es traidor quien se niega a 'reservarse' para el futuro".

¿A los muertos y los desaparecidos que ellos entregaron, los borraron de la cuenta en esta táctica? -me preguntaba.

Descansé un día de la tortura, pero cada ruido, cada pequeño rumor, cada vez que oía pasos que se acercaban, me ponían al borde de la desesperación.

"Ya vienen por mi de nuevo". -Pensaba- y me ponía a temblar.

Me obsesionaba tener una historia coherente que contar y no caer en contradicciones. Pero era difícil hilvanar los pensamientos. Trató de descubrir seres imaginarios, inventar nombres y circunstancias, pero no los retenía ni por breves segundos. Menos podía retener los detalles. Estaba bloqueada por_ e miedo, a la tortura y el miedo a delatar. No lograba dar con alguna fórmula que me diera seguridad de poder aplicarla. Me urgía encontrar alguna a toda costa, porque ya se estaba agotando mi táctica de gritar, de llorar, de negar y de hacerme la loca... y... se agotaba, también, mi resistencia.

LA LOCURA Y LA AGONIA

A Renato lo sacaron 2 veces ese día. La última vez llegó muy mal. Se quejaba mucho. Yo me sumí en una especie de congoja sin límites. Se me fueron las ganas de vivir. No tenía ánimo. Era una tristeza infinitamente gris la que me envolvía como una mortaja de penas; pesada y agobiante.

No sé cuánto duró esa agonía que era como ir al oscuro mundo de la muerte.

Me sacó de ese estado de voz del flaco que llamaba al "jefe" "para ir a echarse la corta".

El guardia bromeó con él: -"¡Tal desplumao, pajarito! No querís cantar, parece. Mañana te van a sacar... Si no colaborai... ¡Todo de nuevo! La vai a pasar mal, cabrito...".

Mientras tanto, la argentina continuaba contando cuentos de las Mil y Una Noche.

Volaban por las noches de oriente, libidinosos y vengativos genios alados. Por ahí andaban ellos en sus correrías encabritados y encandilando las tinieblas con sus amores lujuriosos; confundiendo amantes, encendiendo celos, eliminando rivales y seduciendo doncellas.

También había magas que se transformaban en bellas mujeres, para atrapar incautos que se dejaban aprisionar entre sus brazos, para despertar al lado de horrosas brujas que les chupaban la sangre y los sumían en el más deplorable mal de la Impotencia.

Otras veces, eran los tesoros ocultos y las aventuras de sus afanosos buscadores. Los que seguidos de cerca por codiciosos califas, recorrían intrincados mundos plagados de mil peligros, hasta dar con baules desbordantes de joyas de oro, de perlas y diamantes, con grandes ánforas de fina greda, repletas hasta los topos de toda suerte de urgientos mágicos y de extraños elíxires, que aseguraban la juventud eterna y dotaban de lacivos poderes de seducción, junto con la envidiable potencia del macho cabrío, además de la apreciable cualidad de hacerse invisible y volverse como los dioses: poseedores de los secretos de la vida y de la muerte.

Había genios de todo tipo y talla. Unos, enormes y serviciales, otros, cuya belleza residía en su inmenso poto, grande como el mundo. Esos, eran seres caprichosos. Tan pronto amaban como odiaban y nadie, ningún ser humano, a los menos, conocía las reglas de su conducta.

Junto con todo esto, que era pura cosa de locos, un día de esos negros, de esos días en que a uno se le vi enen los años

encima, se abrió sorpresivamente la puerta de la celda y apareció un guardia haciendo equilibrios con un montón de tazas llenas de helados.

-"A Ver chiquillas -nos dijo- ¡Cománselos ligerito porque si no, se van a llenar de hormigas!

Y, aunque parezca mentira, tomamos helados acurrucadas y malolientes en esa especie de perrera donde nos tenían metidas. Y ese loco hecho nos alentó bastante y tuvo la virtud de volvernos a la realidad.

Hasta pude percatarme que hacía calor. Un calor sofocante.

Porque, la verdad es que los primeros días casi no me daba cuenta de esas cosas. El miedo ocupaba todo, el espacio de mi mente. Ahora tenía más noción de donde estaba: las celdas eran una especie de jaula de -madera -las llamaban las Corvi-. En la nuestra habíamos 4 mujeres. Aún no me explico cómo entrábamos en ella, porque tendría alrededor de 1 metro 80 centímetros de alto, por un metro cuadrado de superficie. Eran completamente oscuras y el único respiradero era un hoyo de 2 centímetros de diámetro en la parte alta de la puerta. Para poder descansar algo, tal como me habían Instruido la noche en que llegué, teníamos que turnarnos: mientras dos se paraban, dos podían plegarse en el suelo.

Comencé a tener la vaga idea de que había varias jaulas iguales en una pieza grande de adobes. A la entrada de la pieza, día y noche, había un guardia vestido de civil y armado de fusil... Aburridos, los carceleros se entretenían sacando interminablemente puzzles, con una dificultad de milicos semialfabetos. Cuando se desesperaban al no encontrar el acertijo, le pedían a gritos el significado a los prisioneros:

-"Oye, Pecho, ¿qué es camino con tres letras?... ¡Ah! ¡Justo! solita cae la de arriba.... pájaro; ave".

En la celda de al lado había 5 hombres, uno de ellos engrillado. Ahí estaba el compañero de Isabel, con quien compartíamos celda. El golpeaba las tablas y le hablaba en voz baja desde su celda. Cuando por estar dormida, ella no le contestaba, le dejaba mensajes de amor con nosotras. Era esa

Isabel que hasta el día de hoy está desaparecida. Y su compañero, expulsado de Chile, vive en algún lugar del planeta.

Me fui dando cuenta que ya percibía más cosas porque hasta podía analizar los contenidos de los interrogatorios y sacar conclusiones menos paranoicas.

En dos oportunidades más me llevaron a la parrilla. Una de esas veces me sacaron en forma muy violenta. Me abofetearon en la cara -y sobre la venda me colocaron una capucha que amarraron con alambres a la altura de los ojos. Luego me-ataron-91~na silla con el torso desnudo y mientras me interrogaban, me aplicaban toques de electricidad en los senos. Me apremiaban para que diera Informes sobre

Eduardo... Esa vez eran varios los interrogadores, y por el tono de la voz deduje que era la oficialidad a cargo de la Grimaldi la que interrogaba. Efectivamente, entre ellos estaba: El Cachete, El Pablo, Marchenko, El Capitán Miguel y el Ronco. El Troglo hacía el trabajo sucio.

Entre lloros e hipos, conté entrecortadamente y a gritos una historia que alguna vez esboqué con el propio Eduardo para justificar el vivir juntos. Una historia simple que más que nada me sirvió para decir algo y no caer en la desorganización del pavor y en esa especie de tentación de "sincerarme".

No di ninguna información. Y en otra oportunidad que me llevaron a la parrilla para preguntarme por un tal trabajo en Concepción, tuve la certeza que estaban despistados conmigo. Que sólo sabrían algo si se lo decía yo misma, y a esas alturas, con todo lo que me habían *dado*, ya no sabrían nada.

POROTEAR

A Renato hacía días que no lo oía, lo que me tenía mortalmente preocupada. Hasta que una tarde oí abrirse el portón y el chirrido de un vehículo que frenaba bruscamente. De nuevo vivimos la pesadilla del griterío y las amenazas, y la pateadura salvaje que le daban a un prisionero. Pronto reconocí los gritos. Era el flaco el que recibía la golpiza.

-¡Pajaro cabrón! Nos llevó a pasear. Pero no nos va a hacer huevones el culeado. ¡A la parrilla, a la parrilla, al tiro!

-Mañana voy a ir al otro punto icarajo! y mejor te resulta, porque si no day resultado te voy a ir cortao.

Ya llevábamos 10 días de espantos y torturas. A veces me surnérgia en un miedo callado que me carcomía por dentro, y otras, en la angustia de quebrarme o que el flaco no resistiera, porque al final de todo, el objetivo máspreciado allí, era no quebrarse; no entregar nada ni a nadie. Hacerlo, era, para nosotros, peor que la muerte, y significaba el derrumbe total.

El fantasma -de los quebrados que ya a esas alturas vislumbrábamos deambulando por la Villa, sin vendas en los ojos y algunos sirviendo de mozos, nos asqueaba y aterraba a la vez.

- . En la posibilidad de resistir, de no dejarse vencer por el enemigo se afirmaba toda nuestra vida en ese Instante y en

esas circunstancias era la respuesta más sublime que uno tenía ante la vida; no teníamos otra.

Por esos días y tal vez desde siempre, sólo que en esos días era más masivo, los métodos para hacer los operativos y redadas eran variados. A veces, algún prisionero agobiado por la tortura se prestaba a llamar desde la misma Grimaldi u otra casa de tortura a algún compañero, dándole un punto urgente. Y, como las caídas casi siempre eran sin testigos, en especial la de los clandestinos, no se sabía sino hasta pasado bastante tiempo que tal o cual compadre estaba en manos de los servicios de seguridad. Entonces, solía suceder que más de alguno asistía confiado a esas citas, para encontrarse con la sorpresa que quien esperaba en el punto era un comando de la Dina. Y luego en la venda, el amigo M teléfono, con la cabeza gacha para no mirarlo a los ojos, tartamudeando trataba de justificarse por lo de la llamada.

En ese tiempo no era raro ver el espectáculo de algún ser lívido, con un aire de total desamparo y vestido como de prestado, patéticamente parado en alguna esquina del centro, de Providencia, de Vicuña Mackenna u otro rumbo conocido como zona de contactos o paso de "extremistas".

Ese pobre infeliz, hombre o mujer, era un prisionero "poroteado".

En el lugar podían suceder cosas tales, como que el *atolondrado prisionero*, agotada su resistencia, indicara gente; que algún conocido se le acercara, o que el prisionero advirtiera que era un cebo y alejara a los compañeros, corriendo todos los riesgos que eso significara.

A eso, a servir de cebo, le llarnaban "porotear".

Cuando se usaba este tipo de cebo a pie y en la calle, se cuidaban que el prisionero no se pudiera escapar, como sucedió en algunas ocasiones, limitando sus movimientos mediante el recurso, usado con los hombres, de pasarles un cordel que les aprisionaba los testículos y bajaba por la pierna hasta rematar en una firme amarra en el tobillo. Con ello se aseguraban que el infeliz sólo pudiera dar pequeños pasos, porque si intentaba correr se autocastraba.

Se podía porotear, además, desde un vehículo: indicando personas, o en un punto con dato fijo.

Otra forma de atrapar gente eran las "ratoneras". Los agentes de seguridad se instalaban durante un tiempo en la casa de algún militante e iban atrapando a todo aquel que llegara al lugar.

A la Grimaldi llegaron una noche con un pobre hombre que lloró y se lamentó sin cesar mientras permaneció parado y vuelto hacia la pared por lo menos unas 20 horas que le dieron plantón. No entendía nada de lo que pasaba, y confuso, no lograba responder a ninguna de las preguntas que le hacían los dinos. Solamente se disculpaba de vender sin permiso y suplicaba humildemente que le dijeran al "patrón" que le avisara a su mujercita que "...está por 'mejorarse' que yo me voy a ir ligerito, en cuanto pague la multa...".

n Había caído en la ratonera que montaron en la casa de la Gringa para cazar al Chico Santiago, cuando fue a vender cosméticos de contrabando. A los tres o, cuatro días lo soltaron; una vez que se aseguraron por todos, los medios que era lo que decía ser; un pobre infeliz cesante que vendía cualquier cosa para poder comer.

Afuera, también cundía el pavor cuando se corría la voz que estaban "paseando" a alguien, y uno cruzaba los dedos para no encontrarse con estos seres y ser reconocido. .

A veces, las salidas también se prestaban para confusiones, porque se llevaban gente a porotear, que para zafarse un rato de la tortura y dar tiempo a que se conociera de su detención, daban puntos falsos y después pagaban cor golpizas el engaño.

PASATIEMPOS

En medio de todos estos aconteceres pasaban los días. A Veces yo entraba en un mundo de irrealidades cuando escuchaba a la Lola contar sus cuentos de las Mil y Una Noches, o cuando entre medio de angustias y terrores ola a los

hombres de la celda de al lado jugar al abecedario. También sucedía que los guardias discurrían cosas insólitas.

Un día de calor sofocante, aprendimos a "mover el aire". Nos enseñó el Gato, un guardia absolutamente loco de la Grimaldi, una tarde de calor sofocante en que sorpresivamente abrió la puerta de la celda, nos hizo sacar la venda, y con el chaleco de la Wali nos dio una lección práctica de cómo refrescarnos.

- "Así se hace chiquillas. ¡Boleándo por arriba! ¡Boleándo por abajo! ¡Echale por arriba! ¡Echale por abajo! -decía acompasadamente- mientras zapateando al compás de cueca, movía el chaleco como pañuelo por sobre su cabeza.

Por ese tiempo las cosas y la gente pasaron, de simples imaginaciones, a materializarse. Comencé a identificar a los presos: al lado, los de Valparíso, entre ellos el Tomy. A veces lo sacaban de la celda para reconocer gente. En otras oportunidades le quitaban los grillos. -"¡A porotear nos vamos guachito!".

En una celda del fondo había un lote de comunistas sorprendidos tirando panfletos. Por eso les pegaron todo un día y el Ronco en persona estuvo en la recepción, insultándolos con su voz espeluznante.

- "¡Comunistas cabrones! -gritaba descontrolado, atragantándose con los insultos- En cuanto terminemos con los miristas nos vamos a preocupar de ustedes y les vamos a sacar la mierda".

- "Yo- prefiero a los miristas, que se juegan de frente, antes que a ustedes, comunistas solapados, que se hacen los de las chacras, y mientras tanto: ¡Vamos con los sabotajes! ¡Vamos con las huelgas! ¡Comunistas ... !".

Después de ese día los confinaron en su jaula como cosa perdida. No los oíamos más y, al parecer, ni se movían.

En una celda solitaria, estaba el Gringo Richie, esposado y engrillado.

EL JOAQUIN

Al frente de nuestra celda estaban Renato, Eduardo, Pepone y el Joaquín, que estaba colaborando. Había comenzado por entregar su Infraestructura y gente para abajo, luego poroteó para que lo dejaran tranquilo y le dieran un de descanso en la tortura brutal a la que fue sometido. Después se chantó y le volvieron a dar con más saña. Entonces ya entregó, y entregó todo.

Por él cayó la gente del Puerto, la de San Antonio, la Estructura de organización y parte del Regional Santiago. Siguió colaborando y por último se convirtió en uno de ellos. Salía a hacer operativos y participaba en las sesiones de tortura e Interrogatorio. Al final pasó a ser asesor político de la Dina.

En esa época estaba entregando. Lo sacaban a reconocer direcciones y gente en la calle. Casi siempre llegaba con "resultados", según la jerga de la Dina y una vez en la Grímaldi, cumplía con el ceremonial de ablandamiento a que sometían a todos los que llegaban: "...habla mejor. Aquí, a la larga hablan todos. Te van a torturar hasta que te vacien... mientras tanto la gallá que está conectada contigo puede caer en enfrentamiento... Si los largas altiro, se planifica su captura sin riesgos .. un poco de maltrato, un tiempo preso... y, de nuevo a la lucha. ¿No ves? Es mejor estar vivos...".

Con esa prédica rápidamente estuvo al lado del enemigo. Confundido con el lumpen torturador, con los fascistas de patria y libertad enrolados para el trabajo sucio, y con una cáfila de oficiales mediocres y arrogantes, resentidos y ramplones, que se peleaban por maltratar a prisioneros maniatados e indefensos. La mayoría, con un nivel intelectual rayado en la deficiencia mental, se manejan por la vida con una cuantas consignas elementales, pero con una clara conciencia de inmenso poder que, manejaban, además del auténtico y natural odio a la izquierda que les funcionaba como mística. Todos ellos eran de un arribismo pueril y llenos hasta los

topes de trancas sexuales. Allí pues, en ese fango y con esa ralea, el brillante Joaquín se revolcaba.

¡Traidor! -le decía a gritos el Pepone, miembro del Comité Central del MIR y asesinado en septiembre de 1986 por la dictadura-. ¡Has vendido a tu compañeros, a tu partido, a tu pueblo! ¡Deja, por lo menos, que otros resistan, que la vida y el futuro tengan algún sentido más alto que convertirse en un cerdo de esta pocilga!

Su voz sonaba en ese tiempo como la voz de un profeta en un mundo de miedos solos y de horror.

- " ... Estamos todos cagados. ¿No entiendes? -decía Joaquín, también a gritos-. Este partido se fue a la mierda. ¡A la mierda! ¿Me oyes? Se fue a la mierda porque no supo ponerse a la altura. Estamos copados ... ¿O no? Anda, analízalo políticamente, con frialdad. Ellos ... ellos saben más que tú y que yo...".

Había más mujeres en otras celdas y luego nos enteramos que tres de ellas estaban "quebradas" colaborando con la DINA: la flaca Alejandra, la Carolina y la Marcia. Las ocupaban para "ablandar" y para reconocer a sus camaradas. Eran tan presas como nosotras, pero se motivan sin venda, 'estaban mejor instaladas y se entretenían viendo TV.

Entre ellas y el personal de la Villa se daba cierta camaradería que a menudo se rompía y entonces las trataban con grosería y desprecio y ellas temblaban de miedo; tanto como nosotros.

Una era amante de un oficial DINA de Patria y Libertad, otra jugaba interminablemente con los fatídicos perros de la Villa, y, cuando no estaba colaborando, también oficiaba de enfermera. La otra, la Carolina, manejaba el equipo fotográfico, robado al MIR, y sin inmutarse nos fichaba a todos, uno por uno.

Las tres, aparte de ser colaboradoras, eran repelentes, neuróticas, resentidas y tremendamente machistas.

LA REALIDAD FANTASTICA

Durante el primer tiempo que estuvimos en la Villa, tenía una noción extraña de que ese era un lugar campestre.

Una madrugada, no sé con que fin, nos sacaron a todos los prisioneros a un patio grande según lo presentí. A través de la venda lograba atisbar algo y sentía los ruidos atenuados como sólo se sienten en el campo al amanecer. Eran mugidos tenues, un blando aletear de pájaros, los pasos suaves de las bestias y olor: ese olor a tierra húmeda, a bosta, a árboles que se respiraba, como si todo estuviese diluído en el aire.

Me corrí un poco la venda y vi a un hombre con apariencia de campesino, que vestía una chaquetilla corta y botas de montar. Una mujer se inclinaba en algo, que imaginé como una artesa.

Habla una larga hilera de hombres y mujeres con vendas en los ojos, algunos de ellos engrillados. Todos parecían irreales. Semejaban fantasmas surgiendo de la niebla del alba: pálidos, macilentos, andrajosos, desgredados e increíblemente sucios.

Aún no tengo claro si todo eso fue real o si yo, sumída en una especie de fantasía desatada, transformaba la realidad en cuadros mágicos para poder mirarla.

De lo que si estoy segura es que había un árbol inmenso y frondoso en ese patio campesino, y que bajo él habla una mujer y una niña pequeña, medio somnolienta, a la que yo no podía dejar de mirar. La mujer le hablaba con benevolencia y el "capataz" cariñosamente le hacía bromas. Era la Tamara, la hija de Helen Zarur, una prisionera hermosa y sensible, a la que presionaban con la niña. Años después, irreparablemente rota, se suicidó en París.

La magia del amanecer la rompió una orden dada a gritos:

-¡A ver los huevones, todos al suelo!

Nos tiramos al suelo.

-¡No giles, sentados!

Entonces, nos repartieron una comida que consistía en una infinidad de sobras: algo de zanahorias, lechuga, un trozo

de tomate, un poco de lentejas, una cosa como pantrucas, una rodaja de mortadela y un pedazo de pan añejo. Todo frío.

- "Come, para que estés fuerte. -me dijo en un susurro el prisionero que me tocó al lado-. No puedes dejar de comer, o te debilitarás y así te quiebran". Y con la voz más firme me insistió -come algo, aquí nadie sabe cuando darán la próxima comida".

Era el Agustín, el "Pecho de Buque", el que me hablaba. Porteño, de Valparaíso. Un revolucionario íntegro, bueno y con alma de niño. Leal y valiente como pocos. Cayó muerto en una acción el año 82 luego de regresar clandestinamente al país. Su madre, militante comunista desde niña, hizo de las noches día, tocando el piano en los bares del puerto para educarlo.

Se quedó sola y vive en una casita increíble que tiene el piso inclinado como cuesta, colgando de un cerro en Valparaíso. No se pudo entender con su único nieto, un niño noruego que la vino a conocer en unas vacaciones de espanto, empavorecido con los milicos y los terremotos.

LOS JEFES

Pronto aprendí que a los guardias y a todo el personal de la Villa había que llamarlos Jefes.. Al principio me chocó hacerlo y me resistí porque sentía que era como reconocer la superioridad de ellos, junto con aceptar la inferioridad nuestra.

Un día, sin conocer la norma, le dije a uno: "Oye, quiero ir al baño".

-¿A quien le decís oye? Aquí nosotros somos los jefes de todos ustedes.

-Tenís que decirme Jefe. ¡Oíste!

Aprendí, pero la realidad se confundía a menudo en la Grimaldi. Cierta vez, un hombre de barba llevó la comida a la celda. Como tenía sed, le dije: -"Jefe, por favor deme un poco de agua".

-"Yo no soy jefe -me contestó-. No me digas así. Soy como ustedes; prisionero".

Era Matías, un empresario. Fue a dar allí por su cuñado, que lo nombró en un interrogatorio. Hasta el golpe había sido simpatizante de Patria y Libertad. Luego, se preocupó sólo de sus negocios. Ahora estaba horrorizado de lo que veía en la Grimaldi. Y vio mucho, porque lo mantenían sin venda para que sirviera de mozo y se movía por toda la Villa. Permaneció allí durante meses y después lo volvimos a encontrar en 4 Alamos. Por esos días no tenía ninguna esperanza que lo liberaran porque, según decía, sabía mucho. (Efectivamente él es testigo de muchos desaparecidos que pasaron por la Grimaldi y conoció con detalles a los oficiales y torturadores de la Villa).

Sin embargo, salió, porque al poco tiempo que salí libre, me lo encontré en la calle. Cuando me vio, cruzó para saludarme con verdadero cariño y alegría. Me tocaba y abrazaba mientras me decía que quería conversar largo para saber de los "chiquillos" y contarme que no se podía ambientar en la realidad que ahora vivía, en una realidad que le pertenecía pero sentía como ajena. Echaba de menos los lazos con los presos.

-"No sé si me estoy volviendo loco, si me rayé adentro, pero extraño la cárcel".

De prisa me contó que estaba muy solo y que le dolía lo que pasaba.

Yo, también me alegré mucho de verlo, pero por una cuestión de precaución no le dije donde vivía. Fue una pena, pero lo hice y aún me pesa mucho. Fue una especie de alerta por su parentesco con un colaborador de la DINA, lo que me señaló el peligro y, a pesar de que su gesto era tan sincero tan abierto, equivocada o no, me dije a mí misma que no podía darme el lujo de mantener esos lazos porque esa experiencia humana, ese cálido afecto surgido en el horror, se chocaba con las barreras reales o imaginarias que yo levantaba, impulsada por las circunstancias políticas y por mi propia vida y mi quehacer. Por lo mismo no podía regalarme con el placer de dejar fluir mis emociones. Estas tenían que esperar para poder darles

curso, o simplemente debía olvidarlo. Pero al mismo tiempo pensé que si la lucha se prolongaba, iba a terminar mutilada de afectos, de emociones, de fe... de todo..., porque sentí que algo moría en mí aquella vez, y no encontré más respuestas que eso de la seguridad. Entonces, hablé vaguedades con una "O~ís--a forzada. Intenté un par de desinformaciones respecto a mi compañero y otros que aún estaban prisioneros, y, al fin, prácticamente me zafé, con un pretexto de urgencias, de un Matías fraterno y emocionado que insistía en verme de nuevo.

SALIMOS DE LA JAULA

El día que nos sacaron de las famosas Corvis lo tengo patente. La noche anterior había sido una noche de locura. La gente era traída en tropel y la parrilla funcionó sin descanso, mientras la radio Colo Colo sonaba a todo volumen para apagar los gritos de los torturados.

En la mañana temprano sacaron a la Lola. Mientras la llevaban dejaron abierta la puerta de la jaula. Me alcé la venda con precaución y miré. Inexplicablemente, sentado al lado afuera de su celda estaba Renato. Lo vi muy mal; con sangre en la nariz y un aire de total desamparo. Aproveché dé decirle apresuradamente que de salir alguien de allí sería yo, y me preocupaba no tener cómo ubicar a su madre.

Con la voz cansada me dio el teléfono y preocupado me preguntó:

- "¿Te han dado muy duro?"

-NO, no tanto. No tanto como la primera vez. No te preocupes, estoy firme. ¿Cómo estás tú?

-Bien, pero me han dado duro. -Me respondió.

-Te amo. ¡Te amo mucho!

-Yo también, mi amor. ¡Confía en mí, por favor! -me dijo, con la voz muy débil.

En eso entró el guardia y cerró la puerta. Se notaba agitado y no hizo escándalo por nuestra conversación, a pesar de que allí estaba prohibido hablar entre los prisioneros. Se suponía que estábamos Incomunicados y ese era el objetivo de

las celdas individuales, sólo que la magnitud de la represión desbordaba todo cálculo, y obligaba a sobrecargarlas.

Al rato, de nuevo se abrió la puerta y nos dieron orden de salir. Nosotras a gritos comenzamos a preguntar: ¿Para dónde nos llevan? ¿Para dónde nos llevan? -Para que los compañeros supieran que nos trasladaban. Al instante, desde todas las celdas preguntaban: "Jefe, ¿a dónde las llevan? ¡Díganos! ¿Dónde?".

Pero allá era Inútil preguntar. Ellos nunca decían con que destino se hacían las cosas. La regla de oro era mantener a los prisioneros siempre sumidos en la inestabilidad y la desinformación. Esa regla se cumplía en los detalles más mínimos y llegué a pensar que para el personal de la Villa Grimaldi aquello era parte de un juego macabro, al que se entregaban con la misma pasión y la inclemencia con que nos torturaban.

El tiempo, por ejemplo, no tenía límites; era arbitrario y descarriado. los horarios habituales se habían trastocado hasta el infinito. Nunca nada se repetía, no se creaba rutina. No había posibilidad alguna de habituarse a nada. Sólo por pequeños signos presagiábamos acontecimientos: el aire tenso, las carreras, los gritos y las órdenes nerviosas auguraban la llegada de prisioneros valiosos.

Si junto con eso sacaban a alguno de los "quebrados" o colaboradores, podíamos adivinar la estructura o partido al que pertenecía la presa. La radio a todo volumen permitía calcular que se preparaba una sesión dura de tortura. Por la temperatura sabíamos del día y de la noche mientras permanecemos en la oscuridad Infinita de las jaulas. Cuando llamaban a Matías y al LuchitO, se podía presagiar que nos darían comida.

De repente, los guardias sacaban a los prisioneros, y para divertirse los hacían hacer ejercicios.

-A ver, los huevones. ¡al suelo!

¡50 tiburones! ¿No son tan añiados? ¡Sapitos! -tienen 30 segundos para llegar hasta el árbol. ¡A la der! ¡Partan!

-Los canguros la correr! Más rápido ¡Carajos!

-Y se desternillaban de la risa, Igual que idiotas, porque los engrillados avanzaban. a saltos.

A veces, tal como dijo el Pecho, pasaban 2 días sin que nos dieran ningún alimento. Cuando nos daban comida, que era poca y de calidad, pues la traían del Edificio Diego Portales, la sede del Gobierno en esa época, era siempre a horas Intempestivas y siempre fría. Jamás nos dieron comida caliente. También, Intempestivamente, y luego de estar hambreadas, nos daban helados o un pedazo de sandía. La sandía era un placer engañoso porque luego, con las cáscaras, venían las hormigas. Agua, había que suplicar para que nos dieran, sobretodo en el día, cuando nos ahogábamos de calor.

El tenerlos ojos tapados tanto tiempo nos provocaba una serie de efectos, que iban desde la sensación de desequilibrio e inseguridad, hasta un dolor de cabeza difuso y persistente, producido por el esfuerzo constante por ver a través de la venda. Además, por el roce, se nos Irritaba la piel de la cara. Por lo mismo, en cuanto teníamos oportunidad, la subíamos para liberar la vista y descansar, y por eso, no pocas veces sufrimos castigo al ser' sorprendidos por los guardias, con la venda alzada.

UN DOMINGO DE CAMPO

Un domingo memorable, al cabo de un mes o más de estar en la Villa, nos sacaron a todos al patio. Eramos más de un centenar los, prisioneros en ese momento.

Sin saber de que se trataba, nos dieron órdenes de colocar tablas sobre unos caballetes. Sorpresivamente; permitieron que nos asearamos y algunos hasta nos duchamos y nos lavamos el pelo con Rinso.

En medio de sospechas, porque nadie entendía nada, comimos pollo con ensalada, pudimos sentarnos junto a nuestros compañeros para decirnos compulsivamente todo lo que más nos importaba de éste mundo y que nos amábamos locamente y que estábamos firmes y que no temiéramos; que jamás fallaríamos. Nos tocábamos, en un frenesí de sentirnos

vivos y de sentir como nunca la necesidad de amar y decirlo sin tapujos. Recuperamos la libido, como ¿fijo Eduardo. y aquella vez aproveché de mandarte a decir que estaba bien, que confiara en mi... que lo quería mucho y me alivié de que lo supiera para que se quedara tranquilo y pudiera seguir sustentando confiado sus historias.

Ese fue un día inolvidablemente equívoco. Gozamos de una felicidad primitiva obsequiada por el enemigo y no sabíamos como tomarla, como hacerla nuestra en medio de ese espectáculo patético, algo desenfrenado y lastimoso a la vez. Extrañamente estrafalario, pero, por sobre todo, confuso. Tanto, que nos hacía trastabillar la felicidad pueril que nos invadía.

Es seguro que dábamos un espectáculo lamentable. Si no, que hacían allí ese montón de esperpentos. Esa tropa estrafalaria de hombres y mujeres andrajosos e Inmundos. Algunos de ellos engrillados, con las vendas de los ojos a medio caer, con aires de loquitos o de mendigos medievales y custodiados por guardianes engañosos, vestidos como capataces de fundo, y comiendo pollo al sol de un domingo campestre.

Esos, eran los jóvenes idealistas de la década, cuyo promedio de edad no pasaba de los 27 años. Parte de la reserva revolucionaria de ese período.

Como sea, fue un respiro luego de tanta situación límite a la que ya por tanto tiempo estábamos sometidos.

Esa vez vi al total de los compañeros M sector de la Grimaldi en que estábamos. Los únicos que faltaron al agasajo fueron las 3 mujeres colaboradoras, los 4 dirigentes del MIR quebrados y el Joaquín. Tampoco participaron los que estaban en la torre.

De todos los que compartimos ese día, a lo menos 25 están desaparecidos.

A las mujeres nos mandaron a lavar la loza a una especie de galpón que podría haber sido la pesebrera o la cochera de la casa antigua. Identifiqué que allí, en esas vigas habían

colgado a mi compañero, y allí mismo nos Interro0 una vez el Romo. Fue un interrogatorio por la libre. Para satisfacer su curiosidad de saber por qué una mujer como yo, que caí con un libreto de cheques del Banco de Chile y el padrón de un Peugeot de[año anterior, andaba metida con ese "pajarito mirista". Con morbosidad nos interrogaba sobre los pormenores de nuestra vida sexual, a lo que contestábamos seriamente y sin emoción, por lo que se cansó pronto M juego. Cambió de tema y con tono de perdonavidas nos brindó sus consejos:

- "Aquí las cosas son duras, y ustedes están metidos en un 'tete'. A mí no me gusta hacer sufrir a la gente. ¿Para que la va hacer sufrir uno? Pero, cuando se ponen tercicos hay que "sacarles" no más, como sea".

Por la tarde nos encerraron en las celdas y de allí en adelante, durante toda una semana, la Villa se convirtió en un infierno. Día y noche funcionó la parrilla y la radio a todo volumen nos enloqueció con el "Yiyi lámoroso".

LAS OTRAS DIMENSIONES DEL HORROR

Durante esa semana nos repartieron 3 veces una comida escasa y, como siempre, fría. La radio no paró de tocar a todo volumen y eliminaron las salidas al baño. Para hacer nuestras necesidades nos pasaron una tarra de grasa vacía, que chorreaba orines y excrementos y nos ahogaba con el olor. Atraidas por la mugre, estábamos Invasadas de moscas y de hormigas.

Cada cierto tiempo, entraba furtivamente un guardia a revisar que tuvieramos puestas las vendas, y en una de esas me llevé un cachazo en la frente, porque el Jote me sorprendió mirando para el patio por un huequito de la ventana.

. En esos días cayó la Doctora. Venía muy enferma de los riñones. Le pegaron toda una noche. Sus quejidos se sentían en toda la Villa. Al Negro, que cayó en el norte, lo trajeron hecho bolsa. Y en el patio, esposado y con grillos, le pasaron la camioneta por encima de las piernas. Aún no puedo olvidar

el chirrido de los frenos y los gritos del Negro, mientras le trituraban las piernas. Al Chico Monty lo trajeron con su hijo pequeño.

Durante toda la noche sentimos los gritos del Chico mientras lo torturaban y el llanto sin fin de su niño. A los cuantos días sacaron a Monty, que desapareció para siempre y al niño lo llevaron a un hogar de menores, donde luego de meses lo encontró una tía que lo buscó sin parar y por todas partes. Hasta que de casualidad y por su afán de andar mirando niños, lo descubrió formado entre una multitud de huérfanos, en el patio de una escuela hogar. Lo reconoció sólo porque tenía grabado su rostro y sus gestos más propios, puesto que estaba inscrito con otro nombre. Cuando el niño la vio se aferró a ella con desesperación, enterrándole su carita en el pecho. Su estado era lamentable y había cambiado mucho. Ahora era un niño retraído y huraño. No hablaba nada ni miraba a los ojos. Por largo tiempo se orinó en la cama, gemía en sueños y despertaba aterrado.

La hermana de Monty, la que lo encontró, es una hermosa mujer, poeta, que trata hasta el día de hoy, de recuperar a su hermano hablando con quienes lo vieron o compartieron con él ese tiempo.

Algo similar aconteció con Tamara que en ese tiempo tenía unos dos años y medio. La llevaron a la Grimaldi junto a su madre, la Helen Zarur, para presionarla a ella y su compañero. La niña deambulaba entre prisioneros con la vista vendada, incluida su madre, y aunque no la maltrataban, la brutalidad de la Villa la afectaba. A menudo la oíamos llorar cuando había interrogatorios y su llanto comenzó a imitar los gritos de los torturados. Un día la sacaron de la Villa sin decirle nunca a su madre dónde estaba. Hasta que pasados unos cuantos meses se la entregaron a la abuela, convertida en una niña llorona y agresiva, infectada de piojos y de granos y con síntomas de desnutrición.

EL MEDICO

Por esas días, Roberto, que no cumplía aún los 30 años, cayó herido y agonizó horas bajo la ventana de nuestra celda antes de morir. Una muchacha de la dotación de la Villa, tan corriente como cualquier hija de vecino, lo martirizó sin piedad mientras duró su agonía, por el sólo hecho de ser mirista.

Ese fue el primer día que vi un médico en la Grimaldi, ya que quien atendía la "salud" de los prisioneros, era un practicante que venía de tarde en tarde a constatar los signos vitales y repartir el famoso clorodiasipóxido para evitar el colapso nervioso colectivo que amenazaba a la Villa. Cada vez que aparecía le suplicábamos que nos diera laxantes para combatir los problemas de estitiquez que todos los prisioneros sufríamos, sabe Dios si por el sistema anarco de comidas, o por la tensión en que vivíamos, o por todo eso junto. La cuestión es que cada día se nos hacía más insoportable el problema del "vientre duro" como le decía el practicante. Pero, por supuesto, jamás accedió a nuestro pedido de darnos remedio para el mal.

El día que fue el médico había varios casos de emergencia entre los prisioneros, y tal vez por esa razón, o por un error, la guardia decidió que los casos más urgentes fueran atendidos por él. Me colé diciendo que tenía una afección cerebral grave y de ese modo estuve sin venda delante de un hombre joven, de unos 33 o 35 años. Alto, de tipo extranjero; podría ser descendiente de alemanes.

Queriendo ser impersonal, nos recibió en forma dura. Se notaba nervioso. De pronto, al vernos sin venda en los ojos, abandonó la sala abruptamente y no regresó... Esperamos varias horas, encerradas en la pieza improvisada como consulta, hasta que vino un guardia, y sin explicación ninguna nos devolvió a la celda tan enfermos y sin remedio como habíamos entrado. Pero a mi, el rostro del médico se me quedó grabado. Ahora pienso: ¿Dónde estará ese doctorcito?... Atendiendo delicadamente a su selecta clientela del barrio alto, supongo...

El día que murió Roberto, llegó el Ronco atronando, como siempre, la Villa con sus gritos:

- ¡Los huevones, la tuvieron que cagar! -gritaba-. La orden es clara. ¡Los queremos vivos! ¡vivos los queremos! Si

resisten, los matan... y que otros carguen con los muertos... Aquí, me los traen a los huevones enteros, para que hablen.

¡Ahora, con este pastel, viene el sumarlo, los Informes para arriba y para abajo... y toda esa jodá. Más encima se nos van a tirar en contra las otras Fuerzas, los curas y hasta los gringos con el famoso cuento de los Derechos Humanos y cuanta huevada se les ocurre para joder.

LA CELDA DE LAS MUJERES

La celda de las mujeres era una pieza grande, de adobes, de unos 20 metros cuadrados más o menos. Tenía una sola ventana, con los vidrios empavonados, que daba al patio donde desembarcaban a los prisioneros y era paso obligado para el baño y los interrogatorios. La única puerta estaba situada a un costado y comunicaba con un pasillo abierto en el patio que la separaba de otro bloque de piezas. Una de esas piezas era sala de tortura.

Daba la Impresión que esa ala correspondía a las dependencias de la servidumbre y a las bodegas, cocheras y pesebreras de la antigua Villa.

En la pieza había 3 literas con 6 camarotes y teníamos un sólo cepillo de dientes para todas. En el día nos ahogábamos de calor y tiritábamos de frío por las noches. El olor de 30 mujeres hacinadas, que durante semanas no se hablan levado ni cambiado ropa, era Insoportable. Muchas veces los guardias, para humillarnos, se tapaban la nariz -cuando entraban.

Allí aprendí cómo el individuo, sometido a las máximas presiones y a situaciones de terror o Inestabilidad extremos, logra de una u otra forma establecer un algo de relación con el espacio y con las cosas; una suerte de acostumbramiento; un

habitat que le sirve de regazo. Por eso, cualquier cosa que sin explicación pueda alterarlo se cierne como una amenaza, a la que se responde, en un primer momento con desconfianza y con una cierta agresividad primitiva. Norma y yo la percibimos claramente -cuando llegamos --á esa celda grande, o de las mujeres, como le decían. En algunas prisioneras había una actitud fría, por no decir hostil, y otras estaban como aleladas; con la mirada perdida e indiferentes a cuanto pasaba a su alrededor. Se velan Igual cómo quedamos algunas después de la tortura, allá en el sur. Las que se mostraron más hostiles resultaron ser las compañeras que, al no poder manejarse en los interrogatorios ni resistir la tortura, habían entregado gente, o eran compañeras de prisioneros quebrados. Pronto, nos dimos cuenta que había una ruptura tácita entre ellas el resto de las prisioneras que resistían.

Aún así, se me quedó grabada en la memoria la sonrisa luminosa con que nos recibió la Helen y la acogida cálida que nos brindó la Anita María y la Cristina, junto a un grupo de compañeras. Eso nos calentó el corazón, porque la verdad es que estábamos temerosas y desorientadas con el cambio, pero conscientes de que éramos ocho mujeres más las que llegábamos a ocupar espacio, a hacer más irrespirable el aire, más* difícil el descanso y absolutamente imposible la comodidad. Nuestra llegada creaba también más incertidumbre y desmoralización. Con seguridad se preguntarían -¿Qué estará cayendo? ¿Quiénes son? ¿Habrá alguna infiltrada? -0 que sé yo.

En esos días habla dos mujeres postradas. La Paty, con un embarazo de pocos meses, estaba, muy golpeada y descoyuntada, porque, la tuvieron colgando durante muchas horas; y Ligia, que cumplió 21- años, mientras la torturaban para que entregara a su compañero. Como se resistía; la tenían hecho trizas. En ese tiempo la sacaban a menudo, en medio de un vendaval de violencia y de odio . Su verdugo era el Romo, que llegaba bufando, como fiera y la arrancaba a tirones de la cama para llevarse a rastras al Interrogatorio,

dejándonos a nosotras sumidas en la Impotencia y enfermas de pavor y la desesperación.

A esas alturas, todos llevábamos un número colgando del cuello, y por el número nos llamaban, para evitar que se filtraran nombres. Lo que no dejaba de ser una farsa ridícula en ese lugar repleto, hasta el hacinamiento, de prisioneros,

La pieza de las mujeres presentaba más ventajas que las celdas Corvis, porque allí lográbamos muchísima más información. Al estar cerca de la sala de tortura, sabíamos a quien Interrogaban y tras de que datos andaban. Por la ventana que daba al Patio veíamos llegar a los nuevos prisioneros y pasar a los hombres al baño: los engrillados adelante, saltando como canguros. Desde ahí reconocimos a varios oficiales de la DINA, y no pocas veces vimos llegar, junto a los prisioneros, camiones repletos con el botín que les robaban y que a menudo incluía cunas de guagua, porque en ellas acarreaban la loza, los cubiertos y todos los objetos pequeños que les parecían de valor. Desde allí fuimos testigos de los coqueteos de la Carola y de la Alejandra con los jóvenes matones de Patria y Libertad, y del enloquecido juego de la Marcia con los perros. También supimos con horror de la crueldad de las mujeres de la DINA que eran parte de los grupos operativos o funcionaban como guardianas, torturadoras y oficiales a cargo del control del campo. A una de ellas la recuerdo especialmente. Era una oficial muy joven y hermosa, pero fría, y tan extremadamente cruel, que hasta los dinos se desconcertaban por el sadismo que desplegaba en el trato a los prisioneros.

Al Flaco lo distinguía por la venda; era la única de color rojo.

LAS MASCARAS

En la pieza había mujeres que llevaban allí varios meses y conocían a muchos de los personajes que transitaban por el patio. Sabían, por las voces de los interrogadores, el rango del detenido y conocían por su nombre a varios funcionarios de la

DINA. Uno de estos personajes era Jony, un taxista. Un joven alto, macizo, tirado a rubio y de ojos azules, que llegaba en un taxi antiguo hasta el mismo patio. Se vela siempre de buen humor y usaba un sombrero pequeño, como de tony, casi colgando de su cabeza. Cada vez que llegaba nos golpeaba la ventana y entre saludos y aspavientos nos tiraba cigarrillos sueltos.

-¿Quién es este personaje? -me preguntaba intrigada ¿Qué papel cumple en esta argolla represiva este hombre campechano, con apariencia de taxista buena persona?

-¿Es el encargado de traer a los prisioneros? No. Porque nunca llegó con nadie. ¿Trabaja en las oficinas? Tampoco, porque no tiene horario. ¿Quién es, entonces?

Una noche que la Villa estaba hecha un infierno y nadie podía dormir, sentí que golpeaban la ventana y abrí con precaución. Era el Jony con una radio en la mano. Me la pasó, y mirándome muy serio me ordenó con voz nerviosa que la encendiera. Al ver mi cara desencajada por la tensión, se quedó como dudando un rato. Luego, bruscamente y marcando mucho las palabras, dijo: -"No oigan nada... ¡No piensen en nada! No piensen nada. No, no pienses, aquí, es mejor no pensar...".

Esa vez me quedé confusa, sin saber que pensar. Hasta que un día, por casualidad, conocí el verdadero oficio del buen Jony.

Fue una mañana de gran actividad represiva en la Villa, en que nos sacaron a la Cristina y a mi a vaciar la tarra con excrementos al baño, que lo vi. Lo vi, cuando por un instante se abrió la puerta de la sala de tortura y ahí estaba el Jony con su delantal y sus guantes de cuero de torturador... empapado en sudor y en plena faena.

De ahí en adelante, jamás bajé la guardia. Ya no me confundieron más los "buenos".

Así estaban las cosas para nosotros, y desgraciadamente aún era incipiente, además de minoritaria, la actividad de denuncia que ya hacía el exilio, y la defensa valiente de los derechos humanos que iniciaban las Iglesias cristianas

reunidas en el Pro Paz, junto con los familiares de las víctimas de la represión, todavía no cobraba suficiente fuerza. Por otra parte, algunos demócratas de hoy demoraron bastante en digerir la situación como para preocuparse por los atropellos. Antes recorrieron el mundo o escribieron históricas cartas para justificar el golpe militar y legitimar a la Junta de Gobierno. Y mientras tanto murió, desapareció y salió al exilio casi toda una generación llena de promesas y poseedora de una capacidad intelectual nunca antes reunida. Esa camada de jóvenes y dirigentes era el resultado de las luchas que se venían dando no sólo en Chile, sino varios países en América Latina, en Asia, en África y en todo lugar donde se luchara por más libertad y menos hipocresía. Eran parte de una generación que sintió en carne viva la lucha vietnamita, que vibró en marchas antimperialistas, que fue encontrando su raíz mestiza y americana, y que se pensó a fondo los términos de la dependencia para poder saber por qué y con quién luchar. Que hizo suya la revolución cubana y que tuvo en el Che un paradigma M revolucionario comprometido *con una revolución capaz de recrear no solo las estructural sino al hombre global en una vida mas digna, más justa y más bella. Esta fue una juventud que tuvo la desfachatez de saltar por sobre las parsimonias y las ortodoxias europeizantes de la política chilensis, pero que vio frustrado su magnífico intento revolucionario.

Entre tanto, la inmensa máquina de la muerte arrazaba con el famoso progreso y la cultura de que tanto nos ufanábamos los "ingleses de América Latina". Demostró a bombazos la irrealidad del mentado constitucionalismo de las fuerzas armadas, acabó con la ilusión de la liberalidad de la burguesía y de] poder de la clase obrera chilena. Y terminó también con la peregrina idea de al Irreversibilidad de las reformas.

La maquina se llevó por delante nuestras más locas ilusiones y los mitos más sagrados que adornan nuestra historia y que, de una u otra forma nublaron, hasta oscurecerlo, el análisis marxista.

Las cosas iban mal, obvio. La situación que vivíamos era una pesadilla sin fin que trascendía lo personal y que se agigantaba más allá de la tortura, con la Impotencia del partido para parar esa ola arrolladora que desbarataba la organización tan trabajosamente levantada en horas y días de sacrificios; de caminar de un lado para otro.

Como decía un compañero: y por ahí andaba uno, todo el día. Que la fábrica, al comité, a la localidad a organizar a los viejos de la pobla. El ajetreo en la universidad. Andate para el campo a hablar con los campechas y organizar la toma, vuelta para los sindicatos y a las corrias de cerco con los Mapuches. ¡Métale discusión! Ubicar a los compadres, hacer claridad, análisis por kilómetros, documentos por kilos, horas y días de educación política, noches y noches de rayados y AFP, y tantísima cosa que a uno le llevaba la vida...".

Apurados, atendiendo 20 cosas a la vez. Tratando de encontrar la dimensión del hombre nuevo, poniéndonos muchas veces en contra de todo lo cotidiano y haciéndolo todo más difícil, púa endurecernos. Exigiéndonos hastas más allá del límite y tratando desesperadamente de proletarizarnos para no caer en el pequeño burguesismo extraviador de revoluciones. Cientos y miles de compañeros a toda marcha y a full time, remolcando una revolución marcada por el signo de la cruz y que llevaba en su seno la derrota porque la engendraba un viejo útero reformista.

Me abrumaba ver que día a día se repetían escenas iguales: caer en un punto al que se fue a pesar de no tener contraseña, o por acudir a un llamado urgente que algún quebrado hacía desde la misma DINA. Caer porque no se hizo caso de la seña y caer, sobre todo, porque el repliegue se hacía el aparato partidario; el trabajo hacia su interior y el espacio que se ocupaba era un estrecho zócalo clandestino, por sobre, tal vez por debajo, o quizás por el lado de la gente.

Es cierto que habíamos echado raíces, porque a pesar de

tanto golpe y de los errores, lentamente volvíamos a nacer en una juventud distinta, nacida a la historia desde el seno de la dictadura.

CONVERSACIONES

Por ese tiempo ya se reflexionaba y se discutía en voz baja. Al menos, algunos lo hacíamos.

Se comenzaba a analizar la situación, a vislumbrar la magnitud que estaban adquiriendo las caídas; a calibrar la capacidad del enemigo para ejecutar sus planes y, sobre todo, el espacio que tenía para hacerlo.

Con tiempo, y al principio como hablándolo con uno mismo, nos preguntábamos si sería o no acertaba la táctica con que enfrentábamos la nueva situación política abierta con el golpe. Surgían opciones:

- "La táctica es acertada; la Implementación es la mala...".

- "No, la mala es la táctica... No es adecuada a la situación real de la lucha de clases y a la capacidad de conducción ...

...Y así ... por horas.

Mientras tanto, por propia experiencia, fuimos aprendiendo que la represión obtiene resultados. Que no todos son héroes y que con la tortura un buen número de compañeros habla. Que no estábamos, como no lo estaba nadie, excepto los que triunfaron, preparados para enfrentar esa dura etapa, en la que nosotros fuimos puestos en la mira por ser exterminados. Por lo mismo se hacía urgente establecer alguna forma de contener esa debacle.

La desmoralización y el derrotismo rápidamente llevaba algunos a justificar la delación. En cambio, otros, negándose a mirar la situación de frente, achacaban todos los reveses y caídas al "costo necesario", perdiéndose, de esta manera, la verdadera dimensión de las cosas.

Discusiones largas fueron esas, contenidas y en voz baja,

para que no nos oyeran los desertores de adentro y el enemigo que nos rodeaba afuera.

El límite de la realidad era nebuloso y por eso, a pesar de la brutal evidencia de que nos estábamos desgastando, no caímos en la cuenta cabal de la situación, o no pudimos, o no quisimos darnos a la evidencia, bloqueados como estábamos por la tremenda campaña de aniquilamiento desatada contra nosotros; por la realidad política e histórica de la cual surgíamos, por nuestra propia fogosidad y voluntarismo y por la dificultad, tan humana pero tan trágica que tuvimos, para aceptar una derrota de esa magnitud. Por eso, tal vez, y para escamotear la realidad, es que a veces tendimos a reemplazar el análisis por los esquemas rígidos, y la política por la fosilización de los principios.

Ya sin Miguel, con varios cuadros de la dirección asesinados; muchos otros prisioneros y el resto disperso y sobreviviendo en difíciles condiciones de seguridad, pero en una honesta búsqueda del que hacer revolucionario, definimos que esa lucha había que darla, y la dimos. Claro que en esas circunstancias tan difíciles, opinar sobre algún cambio de línea o de la necesidad de hacer una evaluación crítica de la táctica, no era fácil. No pocas veces, al carecer de una discusión más abierta y fluída, era equivalente a capítular y se corría el riesgo de ser tildado de derrotista.

El Patria o Muerte pasó a ser -el mirismo- mucho arrojo, valentía y sacrificio, pero, a veces, sin una medición clara de la realidad.

Y la Dirección -tremendamente centralizada- no logró hacer adecuaciones ágiles, con asidero en esa realidad mirada de frente y afirmada en la férrea voluntad y la moral, que de sobra teníamos, para emprender las tareas surgidas de la aciaga vida que nos tocaba vivir.

En esos días de la Villa, pensaba con desesperación que sólo aprenderíamos en una especie de paroxismo del ensayo error:., ¿Dónde está el método revolucionario? me preguntaba... Y mientras tanto la represión no paraba. Veíamos llegar cuadros

de dirección y cantidad de cuadros medidos junto a gente de la profunda retaguardia.

Así las cosas, una noche trajeron a una elegante funcionaria de un organismo internacional que atraparon a la salida de una fiesta. Era una mujer alta e imponente, que se veía preocupada, pero controlada, el día que llegó. A la semana, la tenían deshecha. Envejeció 20 años, perdió totalmente el apetito y sufrió crisis nerviosas que la dejaban rígida y con la vista fija durante horas. Hasta que, aterrada y obsesionada por la posibilidad de delatar -cosa que nunca hizo- intentó suicidarse, cortándose las venas.

Otra noche apareció una mujer madura y bonita, con los ojos color verde tilo. La había entregado gratuitamente el mismo que nos delató, con el sólo fin de congraciarse con los dinos y movido por un pueril afán de hacer mérito. La mujer traía su delantal de casa puesto y se abrigaba con una larga cortina de fino grueso, lo que la hacía aparecer como una niña jugando a los disfraces. Era la esposa de un alto oficial.

Venía serena y firme, y así se mantuvo siempre. No le cabía ninguna duda de que no había que hablar, y no podía imaginar siquiera que allí, frente al enemigo, alguien justificara la delación.

Su caída coincidió con la de un miembro del Comité Central. En cuanto eso se supo en la celda, la esposa del dirigente que estaba prisionera desde hacía muchos días, y que había resistido a pesar de tantísima tortura, cambió radicalmente y ahora le pedía a gritos a su esposo que hablara para que no lo mataran. Inmediatamente, y por primera vez, el pequeño grupo de mujeres que se mantenía aparte, se acercó a ella para aconsejarla.

- "Dile que hable -la urgian- que no sea imbécil. Que hable para que salve la vida".

Sin embargo ninguna de esas posiciones logró hacerse general en los campos de prisioneros, porque desde un principio se resistió esa lógica de colaboración y rendición al enemigo.

Esta resistencia residió en pequeños núcleos de

militantes, en heroísmos personales, en cuestiones tan simples como contar cuentos y jugar a algún juego de ingenio o descender hasta la raíz de la vida para encontrar fuerza, y, por supuesto, en la capacidad de los cuadros de dirección prisioneros para asumir una conducción que Impidió que la derrota y la traición llegaran a descomponer al Partido en prisión.

¿DONDE VAN LOS QUE SALEN DE AQUI?

Las caídas continuaban en cadena, y a medida que pasaban los días, el desaliento y la Incertidumbre sobre nuestro destino se apoderaba de nosotros.

Al interior de la Villa, a veces se producían movimientos. Llevaban gente a la temible Torre que estaba en otro sector de la Grimaldi.

En la Torre, las celdas eran más chicas; como perreras, y la incomunicación era más rigurosa. De los que se llevaban allí, sólo sabíamos por casualidad, cuando por descuido de algún guardia, nos topabamos en el baño o cuando alguno era traído a interrogatorio o careo a raíz de nuevas caídas.

Sabíamos, por las que llevaban más tiempo, que desde la Villa era posible pasar a 4 Alamos, un lugar de incomunicación pero sin interrogatorio ni tortura, porque si eso se requería, te devolvían a la Villa u otra "venta".

Desde 4 Alamos, según contaban, uno podía ser trasladada a 3 Alamos, que era un campo de prisioneros contiguo a 4 Alamos, en donde podían suceder varias cosas: recibir visitas, salir expulsado M país, Ir a la cárcel, al AGA o ser devuelto a otra casa de tortura.

Lo que nunca nadie sabía era dónde iría a parar cuando era llamado para recibir las "pertenencias", que no eran más que un bolso de mano limpio de dinero, y algún reloj o anillo, siempre que fuera de poco valor.

Pero también se podía Ir a dar a otros lugares.

U na noche, tarde. Entró un guardia que recorrió los camastros iluminándonos la cara con una linterna, hasta que

dio con la Lola y le ordenó que se levantara. Por el ajetreo en el patio nos dimos cuenta de que estaban sacando gente y eso nos abrió la esperanza de que allí, al fin, de algo se movía.

Al cabo de unos 10 días, una noche entraron a alguien a la pieza. La tiraron con bulto en una silla y salieron. Como yo era la única que estaba despierta, esperé un rato, me acerqué sigilosamente y le hablé en voz baja.

-¿Cómo estás?

No respondió. Intentó de nuevo.

-Ven a tenderte para que te relajés.

Siguió el silencio. Sólo sentía su respiración agitada como la de un animal asustado.

Al amanecer sentí que me llamaba. Me acerqué. Con una voz débil me pidió agua. Le levanté la venda y vi horrorizada que era la Lola, pero era otra persona: Un ser aniquilado. Los ojos desorbitados y fijos de una loca, enflaquecida, la cara desencajada, el labio inferior colgante. Me tomó la mano y me dijo con una voz áspera como un graznido. -"Es horrible> horrible! No dejen que me lleven. ¡No dejes que me saquen de aquí ... !".

Como pude trató de consolarla. Le pedí que no hablara y conseguí que se tendiera.

Pasó días en un estado de total idiotez, hasta que poco a poco comenzó a recuperarse y entonces nos contó que junto a 6 hombres, que también venían de Valparaíso, los llevaron a un lugar extraño, tal vez hacia Colonia Dignidad o a la costa porque sintió que pisaba arena. Los tuvieron en una casa que por el tacto parecía de madera y de seguro estaba lejos de carreteras o de lugares habitados, porque no se oía ningún ruido.

Para -llevarlos hasta allá los esposaron y les colocaron un as capuchas de un género áspero y muy grueso que no dejaba filtrar la luz. Les prohibieron estrictamente hablar o emitir ruido.

En el lugar los recibieron con gran despliegue de amedrentamiento. Oyeron voces coléricas que los Insultaban y los amenazaban. Después, los entraron a una pieza donde los

hicieron desnudarse y así desnudos los amarraron a unos camarotes. Al momento de desnudarse se sorprendieron que fuera mujer y por eso se enteró que todos los demás trasladados eran hombres.

Los dejaron mucho tiempo en esa situación, sumidos en la incertidumbre. Tuvieron frío y padecieron de hambre, durante horas y días sin cuenta. En un momento de ese tiempo sin límites, alguien los amenazó fieramente y les advirtió que si hablaban entre ellos serían muertos en el acto. Por días no hablaron, ni dejaron escapar ni un sólo ruido, porque, amedrentados, pensaban que un guardia silencioso los espía día y noche. La angustia y el terror crecían sordos en ese aislamiento. La cabeza era un torbellino de ideas obsesivas y torturantes. Dormían a sobresaltos y se orinaban en el camastro.

. Al cabo de mucho tiempo, un guardia "bueno" los llevó de uno en uno al baño. También, en algún momento les soltaron una mano para que se tomara un cuarto de taza de algo como sopa de tomates, fría. Y de nuevo se repitieron las amenazas, cada vez más violentas.

Calcula que como al quinto día, uno de los prisioneros comenzó a llorar como un niño con pena. Sollozando, le hablaba a su madre y le pedía perdón. Lo amenazaron duramente, pero siguió llorando quedadito, como un niño asustado. Se había enloquecido.

Todos, al parecer, comenzaron a perder el sentido del tiempo y del espacio y a sentir terrores fantásticos. Y nos contó que con el resto de lucidez que le quedaba se dio cuenta que ya no distinguía el sueño de la vigilia. Que un miedo difuso y espeluznante la sobrecogía, y entonces, para escapar de aquello, trataba desesperadamente de achicarse hasta desaparecer en el camastro. Recuerda que la sacaron al baño una vez más; pero esta vez con violencia porque se había ensuciado en la cama. A esa altura, ya estaban convertidos en guiñapos. Olvidados de hablar, y como las bestias, sólo gemían y temblaban ante los malos tratos.

Casi al final de la estadía en ese lugar, vino alguien y los

examinó. Lo sintieron pasearse y detenerse largos ratos ante alguno. Les probó los reflejos y los hizo caminar. Después, dirigiéndose a alguien que lo acompañaba, le comentó que no todos estaban preparados.

¿Preparados para qué? En ese Instante no lo supo.. Ahora si. Cuatro de los seis no regresaron a ningún lugar. Están desaparecidos.

LOS DESAPARECIDOS

Un día, en medio de una atronadora tormenta de verano formaron a todos los prisioneros en una larga fila bajo el gran árbol de] patio. Al frente colocaron escritorios que ocuparon el Ronco, el Capitán Miguel, el Cachete y varias otras autoridades del campo.

Con lista en mano llamaban a los presos, sabe Dios con qué criterio, y los formaron en dos lotes. Los de la derecha fueron enviados a la Torre; los dé' la izquierda devueltos a sus celdas.

Los de la Torre desaparecieron casi todos.

En ese tiempo aún no conocíamos la dimensión ni teníamos conciencia cabal del problema de los desaparecidos. Bien mirado, la mayoría de nosotros éramos desaparecidos temporales.

Habíamos sido secuestrado, sin testigos desde nuestras casas o en la calle, por grupos de hombres armados y sin identificación para ser llevados a lugares desconocidos. Ningún organismo oficial daba Cuenta de nuestra captura ni figurábamos en ninguna lista de prisioneros. Por eso, estar desaparecido, en ese tiempo, era estar en la DINA, el AGA u otro lugar de reclusión o de incomunicación y tortura. Se decía que en la Colonia Dignidad había cantidad de gente y que en el Norte se preparaban campamentos de prisioneros. En el mismo Santiago había muchos lugares por donde pasó gente: la "venta" de la calle Londres, de la Domingo Canas, la "venta" Sexi, donde la violación a las mujeres era usada como una forma de tortura y amedrentamiento.

Los perseguidos sabíamos que había varias formas de ser eliminados. Uno se podía morir en la tortura o morir acribillado al resistir la detención. Se podía morir de Falso Enfrentamiento o ser fusilado de frentón. Hasta que por su menor costo político, se les ocurrió matarnos por Ley de Fuga.

Pero no sabíamos aún lo que significaba desaparecer, como no sabemos hasta el día de hoy qué pasó con los desaparecidos

Es por eso que en esa madrugada de febrero de 1975 cuando vi la columna de 21 6 24 prisioneros formados en el patio, justo delante de la dichosa ventana de la celda de mujeres, jamás pensé que no los veríamos más y que sólo sabríamos de ellos por las listas de desaparecidos.

Creo que todos los que estaban en la fila eran de los que la semana anterior habían sido trasladados a la Torre.

Se velan muy pálidos, pero tranquilos, y hasta de algún modo, alegres.

Todos tenían sus pertenencias, porque oímos cómo los fueron llamando uno a uno por su número para entregárselas.

Entre los que partían estaba la Isabel y su compañero; Fabián y su mujer; Juan Molina; Luchito, el que nos servía la comida y uno de los más antiguos de la Villa; Iván Monty, el que cayó con su hijito. Iba gente de Valparaíso: Alfredo, el Negro Carlos, Daniel...

Recuerdo que Fabián encabezaba la fila, tomado de la mano de su compañera. Juan Molina y Luchito al final.

Ignorantes del destino que les esperaba, estábamos contentas con su partida. Nos tranquilizaba que sacaran gente, porque eso nos daba esperanzas de salir de ese infierno.

La larga estadía en la Grimaldi nos estaba minando. Ya no nos volábamos haciendo figuras de miga de pan, como al principio. Había una tendencia a replegarse sobre uno misma y muchas se lo pasaban todo el tiempo dormitando echadas sobre los camastros. Estábamos apáticas e irritables, y cada día era más frecuente encontrar alguna con el cuerpo engarrotado y la respiración anhelante, presa de un ataque de

histeria. Las dosis del famoso clorodiasipóxido aumentaban y mi amiga Norma, la psicóloga, estaba preocupada porque, según me decía, la situación mostraba otros rasgos alarmantes.

Es cierto que las más antiguas ya habíamos pasado el peor momento de apremios y torturas, pero ahora vivíamos bajo una situación de total incertidumbre. No sabíamos cuándo saldríamos de allí y el ambiente se hacía día a día más insoportable, porque el nivel de hacinamiento, de desbarajuste en los hábitos, de amedrentamiento y malos tratos, de desesperación, en definitiva, estaba llegando a límites intolerables.

Por otro lado, se agrandaba la distancia entre el grupo que se había quebrado y el resto de las prisioneras y la situación en la pieza se tornaba más y más restrictiva, porque el pequeño grupo nos acusaba de poner a todos en peligro por nuestro afán de hablar de política y de contravenir las órdenes sacándonos las vendas, haciéndonos señas y hablando con nuestros compañeros cuando por casualidad nos cruzábamos con ellos.

También se indignaban, y llegaron a minifestar abiertamente, cuando atendíamos a las nuevas "incomunicadas" que llegaban a la pieza. Era esa gente recién llegada, que estaba siendo interrogada y torturada, y a quienes había estricta prohibición de acercarse y de hablarles.

EL SHOW DE LA RENDICION

Con horror, comenzamos a sospechar que se estaba preparando algo siniestro, porque los dinos hacía días que sacaban al grupito y las juntaban con sus compañeros.

En una de estas idas y venidas, insinuaron que los servicios de seguridad estarían pidiendo el rendimiento público M Partido o de otro modo todos los prisioneros serían fusilados.

En medio de ese clima, un día se me acercó Norma y muy agitada me dijo:

- "Escúchame Chica, esto es un círculo infernal -estaba pálida y le temblaba la voz-. ¡De aquí no sale nadie! Estamos dando vueltas entre un lugar y otro y quién sabe qué nos espera. ¡Mira! Mira allá. Más allá del patio de las rosas. Allá en ese cerco que bordea la avenida de árboles. ¡Mira! ¿Ves? Es la blusa de la Isabel ¿Qué hace allí su blusa si ella se fue hace más de una semana? ¡Dime!".

Efectivamente, colgada en el cerco estaba la blusa amarilla con pintas negras, de la Isabel

No supe qué pensar. Sólo sentí algo como una amenaza en el aire y para defenderme intenté dar con una explicación razonable.

- "No tiene por qué haber vuelto -dije-. A ella, como a todos los que trajeron de Valparaíso, les permitieron venir con un bolso de ropa. Seguro que antes de irse se la prestó a otra prisionera, así como la Wally me prestó a mí una chomba.

Sin embargo, la Norma no se dio por vencida.

- "¿Qué me dices del caso de la Lota, de la Linda y del Pepone, que de Concepción lo trajeron a la DINA y que de nuevo está aquí después de haber sido trasladado a 4 Alamos?".

La verdad es que era un círculo sin fin para nosotros y desde el fondo de ese enorme abismo había que hacer algo y resistir: No aceptar la derrota y luchar por impedir cualquier intento de claudicación. Y encontramos motivos para aguantar en la absoluta certeza, guardada muy al fondo de cada uno de nosotros, en nuestras profundas raíces, que más allá de ese vendaval de aniquilamiento subsistiríamos porque pertenecíamos a una historia que no estaba aniquilada. Y que, por el contrario, la historia seguía su curso por tortuosos senderos y dependería de nosotros encontrar su camino.

Sin embargo, aún nos esperaban días de ira y de cenizas. Un día, aprovechando que el guardia nos colocó juntos en la cola para el baño, Renato me contó de prisa y muy preocupado que Joaquín había informado que la DINA estaba preparando una jugada maestra con los 4 miembros del CC que estaban

colaborando y con otros dirigentes quebrados, para presentar un documento de rendición del MIR.

El escándalo de las detenciones, las torturas y los falsos enfrentamientos estaba rebalsando los límites de lo tolerable a nivel internacional. Y nosotros, según las estrategias de la DINA, estábamos lo suficientemente golpeados ya como para introducir, sin problemas, un elemento político que servía, además, como factor de desmoralización y de dispersión en la campaña de aniquilamiento que finiquitaría de una vez ese proceso.

Ceballos ya había intentado la "Pacificación" por razones humanitarias, haciendo intervenir al Cardenal Silva Henríquez y pidiendo a la Laurita Allende que oficiara de emisaria del MIR para la claudicación. Cuestión que no sólo no fue aceptada, sino rechazada enérgica y públicamente por el partido.

Mi compañero me explicó con calma esa vez, lo grave que era la situación, y me pidió que lo comunicara a la gente de confianza para contrarrestar la campaña que los quebrados estaban haciendo con el fin de que el máximo de miristas de la Villa apoyara la claudicación, dejando entrever que no había alternativa: o se firmaba, o no saldría nadie vivo de allí.

De ahí en adelante, la situación se tornó muy difícil. Ya no era sólo la represión del enemigo el principal problema, sino la desertión y la traición de los propios compañeros lo que había que resistir.

Y se resistió.

La mayoría de los prisioneros de la Villa resistimos, e hicimos saber por los tenues y complejos hilos de comunicación que de todas maneras surgen y se entretajan hasta en esos sitios, que jamás aceptaríamos una rendición. Que repudiábamos, al tiempo que denunciábamos como traidores, a quienes lo hicieran y que responsabilizábamos de las posibles represalias con consecuencia de muerte que Pudiéramos sufrir, a los que se prestaban a abandonar la lucha Y negociar así su vida con el Régimen.

Esos fueron unos días oscuros y difíciles. Sacando fuerzas de no sé dónde lo pudimos soportar. Porque la verdad es que

nos sentíamos tristes, cansados, Inútiles. Cruzados por mil dudas e incertidumbres. Además de estar permanentemente hambrientos, sucios y obsesivos.

De repente, no teníamos norte, y todo limitaba con un miedo atroz.

Dos fantasmas nos atormentaban: que no cayera lo que habíamos ocultado a costa de rechinar de dientes y que afuera se pudiera mantener un núcleo partidario.

Vivíamos pendientes de saber quien había llegado, para calcular nuestro destino. A veces se ola llegar algún prisionero o se escuchaba un nombre y al mismo tiempo, alguien se descomponía y cala en una crisis de desesperación. Es que de nuevo volvería al Invierno de la tortura, M careo y de la presión. Y la Villa en esos días se endurecía más y más. Estaban en una lucha contra el tiempo para finalizar esa etapa y ponerse a tono con las nuevas condiciones que requería el desarrollo de la estrategia de institucionalización del régimen.

AFUERA

Los Demócratas Cristianos, perdida la esperanza de que los militares le entregaran el gobierno, se preparaban para hacer una oposición crítica al régimen. Hasta la derecha tradicional presionaba por reglas más claras que los simples Decretos Leyes y los Estados de Emergencia con que los se estaba menejando la Junta Militar, y la crisis económica golpeaba no sólo a los pobres de siempre y a la multitud de pobres producidos por el nuevo modelo y a la izquierda barrida de sus puestos de trabajo, sino que golpeaba también a amplios sectores de pequeños y medianos empresarios que estaban siendo devorados por el apetito insaciable de una fauna de pirañas y cocodrilos que poblaban esta selva.

Al mismo tiempo, empiezan a agruparse los trabajadores en la defensa de sus sindicatos y se organizan las agrupaciones de familiares de víctimas de la represión. Surgen, impelidos por el hambre y bajo el alero de la Iglesia, los comedores infantiles y las bolsas de cesantes. Varios países, por medio de sus embajadores, presentaban reclamos por la situación de los Derechos Humanos y apoyaban abiertamente el asilo de los perseguidos o intercedían por algún prisionero.

Habían pasado ya los tiempos del Plan Z. El invento de la dictadura para justificar las masacres y el copamiento militar del estado. El mismo que le dio una buena excusa a los cómplices silenciosos de los primeros años, para acallar su conciencia mientras se cumplía la política de exterminio y se desmantelaban las organizaciones populares.

El escándalo de algunos falsos enfrentamientos, y el caso de la Lummy Videla, arrojada a los jardines de la Embajada Sueca, fuego de ser muerta en tortura en la Villa Grimaldi, junto a su esposo, había merecido no sólo la protesta del gobierno y el embajador sueco, sino de toda la comunidad europea. Esa forma burda y cruel de hacer la guerra no la podían tolerar los estómagos civilizados.

Lo de la Lummy lo supimos en la Villa misma. Ella cayó y fuego cayó su compañero y el niño. La Lummy sufrió el atroz tormento de ver a su hijo en tortura. Eso quebró su resistencia, pero se recuperó. Murió una noche en tortura, cuando, el Romo, tratando de forzarla, la estranguló.

Por otra parte, el exilio chileno, un exilio altamente político, organizado y apertrechado con el respeto que la figura de Allende y el proceso democrático inspiraba a las fuerzas progresistas y a la gente decente del planeta, concertó el apoyo de medio mundo y la campaña en favor de Chile y de repudio a la dictadura se hizo tan enorme; sólo comparable con el apoyo mundial que recibió la lucha del pueblo Vietnamita.

En esos días, la Comisión de Derechos Humanos de la OEA presionaba por entrar a Chile, de tal manera que había una real urgencia por terminar luego con la "subversión". El margen de la impunidad total y la base que la sustentada, se estrechaba, lo que obligaba a crear nuevos métodos represivos; restablecer las alianzas y buscar nuevos consensos, status y pretextos, en la amplia versatilidad de la contrainsurgencia.

RENATO SE VA

'Una mañana temprano se abrió la puerta de la celda y un joven guardia uniformado asomó su cabeza y me llamó por mi nombre, en vez de hacerlo por el número, como era de rigor. Al parecer no pertenecía a la dotación de la DINA, sino que estaban de refuerzo, porque su trato era distinto y uno de los dos uniformados con traje de campaña del ejército que vi en la Grimaldi. Todo el personal de la Villa y de 4 Alamos vestía de civil, a pesar de pertenecer casi todos, a las distintas ramas de las Fuerzas Armadas y Carabineros.

Acudí a su llamado, y al lado afuera de la puerta me colocó delante de Renato, que de prisa me estrechó tiernamente entre sus brazos y me comunicó que lo sacaban de la Villa Grimaldi junto a un lote más o menos grande de prisioneros.

Me alegré que saliera. Preferí suponer que iba a un lugar mejor que ese en que estábamos, y, por si acaso, te recordé la dirección de unos amigos para darles noticias nuestras y se comunicaran con mis hijos.

El resto del día lo pasé pegada al hoyito de la ventana para verlos partir, pero salieron muy tarde en la noche. De la pieza también se llevaron mujeres que no sabían tampoco si alegrarse o aterrarse con la partida. Sin embargo, hubo despedidas, encargos y esperanzas de que algo se movía.

Y ahí nos quedamos el resto... Tristes...

Esa semana cayó gente importante del MIR y la Fidelia Herrera del PS. La tomaron con su hija, para presionarla, pero la Fidelia era fuerte.

A mi, todavía me esperaban varios días malos antes de salir de la Villa.

Me llevaron una vez más a interrogatorio. De nuevo con un despliegue increíble de medidas de amedrentamiento: la infaltable venda apretada hasta sentir que a uno los sesos se le saltaban; la capucha, los empujones y malos tratos. Me amarraron a una silla y me preguntaron cosa inverosímiles, amenazándome con llevarme a la torre si no respondía y

colaboraba. Luego, me volvieron a la pieza a "tomar caldo de cabeza", como ellos decían.

Yo ya tenía la certeza que de mí no sabían nada. Mis preocupaciones eran otras. Comencé a pensar que nunca más saldría de allí y corría el rumor de que algo se estaba preparando. Varias veces sacaron a los 4 y los juntaban con los colaboradores para hacer largos cónclaves, de los que algunos volvían pensativos. Aumentaban los cuchicheos y los corrillos, y se profundizaba la distancia entre ellos y el resto de los prisioneros.

El Pepone, a través de la María, mandó decir que estuviéramos alerta porque se estaba maquinando algo para pronto, y la idea era no dejarse sorprender ni aceptar ninguna presión por parte de los quebrados. Era una situación difícil porque nuestro estado de ánimo empeoraba día a día. El largo tiempo que llevábamos en esa casa de tortura estaba minando nuestra resistencia y cada día era mayor el número de mujeres que se replegaban sobre sí mismas y permanecían todo el día echadas en 1 ' os camastros con la mirada fija, cuando no estaban dormitando. Otras, para no postrarse se paseaban hiperquinéticas en el breve espacio de la celda, y no era raro encontrar alguna con el cuerpo engarrotado, sumida en la histeria.

En esas semanas llegó personal femenino a reforzar 1 ' a dotación de la Villa, con eso se redoblaron nuestros sufrimientos y ya no tuvimos un minuto de descanso, porque, como ya lo he dicho, no he conocido gente más cruel y perversa que las mujeres de la Grimaldi. Así fuera el lumpen que oficiaba de carcelera o las oficiales al mando de la dotación; todas eran unas bestias.

EL TRASLADO

Un día, al fin me llegó la hora de salir. A gritos, llamaron por los números a varios prisioneros. A la María, a la Mona, al Pepone, a Eduardo, a mí, a Rodrigo, en fin, -a varios. Me alarmó la composición del lote. Todos eran pesos pesados,

según la DINA, y me Imaginé que nos llevarían al AGA que era lo que más temíamos con el Charme.

Nos formaron en el patio para entregarnos las "pertenencias" y firmar y papel, porque la burocracia no perdona.

La María, que era brava, en el colmo de la osadía se empacó y no quiso fiso firmar porque, según ella, le faltaba el dinero que llevaba consigo cuando cayó. Pero, como al parecer no se habían encontrado nunca con un reclamo así, no hubo represalia.

Yo firmé, y por alguna razón me quedó con el papel firmado. Era un recibo, que decía que con fecha tanto se entregaban las pertenencias a tal persona. Las que en mi caso consistían en una chequera, una billetera con documentos personales y una libreta, más un reloj y un anillo de metal amarillo. Firmaba. Comando Halcón a carga de la detención, y un timbre de un "Centro Terranova".

Nos dejaron varias horas en el patio a la espera de una camioneta que nos sacaría de la Villa. En la espera, quedé sentada en el suelo al lado de Pepone. Me preocupaba la libreta porque tenía varias anotaciones ingenuas que eran claves de comunicación y habría sido muy peligroso llegar con ellas al AGA. Nosotros sabíamos que allá procesaban mejor la información y usaban métodos más sofisticados, que la mera patada y el combo, y la brutalidad de la DINA.

Por eso, tratando de burlar la vigilancia del guardia, hacía esfuerzos inútiles por sacar las hojas y comérmelas. El Pepone se dio cuenta de mis trajines y medio en broma y hablando rapidito, me dijo:

"Si tienes algo que te sobra, dámelo. Yo soy experto en comer papeles. Y si no, como yo no sé lo que dicen, aunque me rajen no podré decir de que se trata".

Francamente me dejó impactada, porque ofrecerse para cargar con cuentas ajenas en un lugar de tortura es una muestra de solidaridad y heroísmo a la que no le he encontrado paralelo,

Pasada la medianoche nos echaron en piño en una camioneta y partimos con rumbo desconocido. Cuando cruzamos el último portón de la Villa, uno de los guardias

uniformados me gritó: ¡Adios, flaquita! y de verdad me impresionó.

Al final del viaje nos desembarcaron y nos quitaron las vendas de los ojos. Quedamos enceguecidos con la luz de las luminarias de una especie de cancha de deportes. El guardia, otro, uno nuevo, nos dijo: -Están en 4 Alamos, aquí no hay venda ni parrilla. -Entonces, alborozados nos abrazabamos entre todos.

CUATRO ALAMOS

Nos entraron a un pabellón largo con piezas en hilera y un pasillo de circulación. Sólo una pieza estaba en L. La pieza número 13. Desde esa-celda se veían las demás y era posible hacerse señas. Era la pieza nudo para las comunicaciones, porque además, con la proverbial audacia de los miristas, por ahí hacían contacto con la gente de 3 Alamos.

Nos distribuyeron en los pequeños cuartos atiborrados de gente. En cada uno había 2 camarotes dobles y nada más.

En 4 Alamos encontré a mi compañero. Lo oía todos los días. Nos dejábamos papelitos en el baño y nos mandabamos recados que recorrían las piezas hasta dar con su destino.

También estaba allí, desde hacía meses, la Laura Allende. Me impresionó cuando la vi: Pálida, casi transparente. Con esos enormes ojos oscuros... Irreal casi... Tan increíblemente bella y digna... ¡tan valiente!

La sacaban sola y muy temprano a las duchas. Pasaba tocando las puertas de las celdas para saludarnos e invariablemente el guardia la reprendía con dureza y la amenazaba, porque estaba prohibido comunicarse con otros prisioneros. Ella tranquilamente respondía que no podía evitarlo, y lo seguía haciendo pasara lo que pasara.

También llevaba la cuenta de todos los que por ahí pasaban, escrita en el borde de su vestido.

En las primeras piezas, separadas por una puerta en el pasillo, estaban la oficina del Cara Pálida, el oficial a cargo del lugar, y la sala de guardia.

En otra pieza de ese sector, había una misteriosa mujer, prisionera desde hacía mucho tiempo y de quien nadie sabía nada. Se elucubraba que sería la esposa de un alto dirigente prófugo y estaría allí de rehén. También se decía que era una extranjera en espera de expulsión del país.

' Tenía 2 niños; un hombre y una mujer, que a veces divisamos por el pasillo. Eran unos niñitos rubios, muy lindos. Increíblemente sucios y desgredados. Ella jamás trató de comunicarse, y nadie supo como se llamaba. A veces solíamos escuchar sus gritos histéricos y el llanto agudo y largo de los niños, confinados durante meses en una pieza de 2 por 2. Cuando salimos de 4 Alamos ella seguía ahí.

En 4 Alamos mismo no se torturaba. Pero nuestra detención allí no era reconocida por ningún organismo de seguridad. Seguíamos, de algún modo, desaparecidos. Desde ahí se podía volver a alguna casa de tortura o desaparecer, como sucedió con el Troscó Fuentes, traído desde el Paraguay; con Edgardo Enríquez, traslado ahí desde Argentina; la Isabel que estuvo de paso y el Mauro, un joven recluta con cara de pascuense, mandado en comisión de servicio a 4 Alamos, que fue llevado a la Grimaldi, cuando un prisionero lo delató como mirista, y lo mataron a cadenas...

Desde - la Grimaldi llevamos nuestra artesanía en miga, pero ahora la podíamos pintar. Abundaba el rojo y negro en el decorado y en eso gasté mi lápiz labial y el rimel que me devolvieron con mis pertenencias. También nos preocupábamos de embellecernos. A la Mona le devolvieron la pinza de depilar y hacíamos turnos para depilarnos las cejas y las piernas, peludas después de tanto encierro. Pronto recuperamos el canto y así nos comunicábamos. Cantábamos siempre. Y, aunque estábamos separados por una alta muralla de cemento y un gran sitio vacío, oíamos los cantos y juegos de los prisioneros de 3 Alamos y las canciones de despedidas

cuando llevaban gente a otros campos: " ... Se va el barco marinerero... Se va el barco de papel... Por el mar de la esperanza... cargando un montón de sueños... y los niños no lo alcanzan...".

A los pocos días de llegar a Cuatro Alamos, estalló la noticia de la intervención en la TV de los 4 dirigentes del MIR quebrados. En la que llamaban a la rendición del Partido y que, supuestamente firmaban algunos dirigentes prisioneros y otros, desaparecidos.

Fue un golpe duro de soportar. Pero nadie, absolutamente ninguno de los presos, hubiera sido el que hubiera sido su comportamiento en tortura; heroico, regular o malo; si así se pudiera calificar en ese mundo; ninguno aceptó esta "rendición". Todos cerramos filas con el Partido. No pudieron doblegarnos.

SE ACERCA LA PARTIDA

Una noche, en un breve momento que dormí, soñaba que estaba en una especie de playa con dunas de arena interminables. A nosotros nos tenían en unos pabellones larguísimos, como palafitos y pintados de todos colores. Por alguna razón estábamos allí Renato, Charme y yo, entre un montón de gente que, más que vería, la presentíamos. Eran como fantasmas. No sé porqué, pero sabíamos que vendrían a buscarnos en cualquier momento y afanosamente nos preparábamos para partir. El flaco y Eduardo arreglaron sus cosas rápidamente y corrieron por una subida hacía un camino perdido en la neblina, mientras yo no lograba encontrar una maleta roja para echar mis cosas. La buscaba y la buscaba y me lo pasaba en trajines de un lado a otro, perdida en esos pabellones laberínticos buscando y buscando la tal maleta, sin Poder hallarla. Al fin, no sé como, la encontraba y trataba de meter mis cosas y mientras tanto, desesperada miraba hacía el camino y gritaba que me esperaran, que ya iba, pero no podía terminar de arreglar la maleta. Se me enredaba la ropa y me tupía, y mientras tanto, pasaba el tiempo y cuando al fin

lograba salir al camino arrastrando la maleta a medio cerrar y gritándole a Charme y al flaco que ya estaba lista, ellos se iban en un camión sin poder oírme ni verme por la niebla. Y yo me quedaba ahí, desolada mirando el camino hasta que sentí que alguien me llamaba. Entonces, subí los escalones de un pabellón y vi a una mujer alta y bella, vestida con un traje hindú, sentada en una mecedora. Me miró y me dijo que dejara la maleta y esperara sentada en unos escalones que daban al mar.

Desperté sobresaltada, inmensamente triste y medio perdida. Sentí ruidos de voces y movimiento de gente en el pasillo. A gritos nos ordenaban salir de las celdas. Ahora los guardias de 4 Alamos andaban armados de fusiles; casi me cagué de miedo. Nos formaron en una larga hilera. Vi a un montón de gente, amigos, conocidos, y a muchos que no conocía. Divisé a Renato, que me mandó un beso y a Charme, que me cerró un ojo. Un viejo comunista de ojos azules, el mismo que un día se topó con la Lola en el baño y ella llegó contando: -Me pasó algo maravilloso: me encontré con un ser humano. -¿Cómo? -Si, un ser que me miró, sonrió y me dijo: "Buen día, compañera".

Bueno, era ese mismo que ahora recorría la fila y nos saludaba de mano llamándonos compañeros.

Recuerdo a la Chela Alvarez, alegando para que le devolvieran unos libros de Neruda que le quitaron cuando la llevaron ahí. Se veía estupenda con su abrigo de piel, porque cayó mientras viajaban a Punta Arenas, donde fue a defender presos políticos.

A la Laura Allende no la sacaron ese día los hijos de puta. Salió expulsada del país varios meses después sin tener cómo escribir más nombres en el borde de su vestido; más pálida y etérea e irremediabilmente enferma.

TRES ALAMOS

Siguiendo el uso furtivo de la represión, nos trasladaron como a las tres de la mañana a 3 Alamos. Allí, nuestros represores vestían el inconfundible uniforme verde de combate de Carabineros. Entre grandes medidas de seguridad y despliegue de cascos, fusiles y metralletas, nos introdujeron a unas piezas grandes donde luego de ficharnos, separaron a los hombres de las mujeres. A ellos los llevaron a unos pabellones y a nosotras a un barracón hecho a la rápida y según el modelo de los barracones nazis que Estaba separado de los pabellones de los hombres por un gran terreno baldío.

Allá fuimos recibidas con algarabía por una multitud de mujeres que hablaban casi todas al mismo tiempo y preguntaban infinidad de cosas: que de dónde veníamos, de dónde éramos, cuándo habíamos caído y si habíamos visto a tal o cual prisionero, que se llamaba así, pero le decían asá y que era de ésta o de ésta otra manera y que seguro andaba con una parka de tal o cual color, y unos pantalones y una camisa de esta o de esta otra laya. Con un vestido y una polera y unas chalas y un pelo largo, corto, crespo, liso, rubio, negro, y así, o de esta otra manera y.... en fin...

-Si, ahí en la Grimaldi estaba.

-Uno así vi en la venda de la calle Londres.

-NO, no lo vi. Me parece que no.

-Salió antes que nosotros. ¿Dónde? No sé. No está en 3 Alamos. ¡Ah!

¿Y en Cuatro? ¿Quiénes están en Cuatro? No tan rápido. Mejor habla una. Espera, deja tomar notas.

En medio de preguntas anhelantes y de bienvenidas, veíamos mujeres abrazarse felices, mientras otras se ensombrecían. No entendíamos muy bien lo que pasaba.

En un instante que miré hacia un patio interior, me quedé de una pieza. Ahí estaba la mujer del sueño. La vi venir hacía mí, caminando casi sin tocar el suelo y majestuosamente erguida. Con urgencia, y casi sin aliento, le dije que la había visto hacía poco rato en sueños. Me miró blandamente y sin inmutarse me respondió que no era raro, porque ella se comunicaba con la mente... Me dejó boquiabierta y con mis esquemas materialistas en franca tembladera.

A poco de llegar nos dimos cuenta que en el campamento la vida estaba perfectamente organizada por las presas. La autoridad máxima era el Consejo de Ancianos, elegido por la Asamblea de Prisioneros. Este Consejo, instaurado de hecho, era una antigua forma de gobierno adoptado por los prisioneros de Pisagua en los tiempos de la represión de González Videla a los comunistas, y que ahora nos representaba ante las autoridades del campo, ante los organismos internacionales, la Cruz Roja y las organizaciones solidarias, como Pro Paz y otras que surgían por ahí. Dirimía los problemas que se suscitaban y velaba, además, porque se cumpliera con los acuerdos y las tareas en que estaba ordenada la vida en los campos.

Había equipos para el aseo, para hacer la comida, para cuidar a los niños; talleres de todo tipo y actividades deportivas, culturales y de capacitación.

También funcionaban los partidos y una instancia de dirección política que los integraba y servía para discutir la situación del campamento, los problemas que se presentaban y las acciones a realizar.

Los días en el campamento eran laboriosos y llenos de acontecimientos. Contrario a lo que uno pudiera pensar, allí

tampoco nunca hubo rutina, y, aunque había horarios para las comidas las levantadas y el encierro nocturno, siempre sucedían cosas nuevas; imprevistas. Hacíamos miles de Cosas y nos faltaba el tiempo para hacer tantas, porque siempre estábamos ocupadas. Teníamos paciencia de presas para hacer y rehacer los trabajos y las actividades que los carceleros constantemente trataban de impedir o entorpecer.

Nunca en mi vida vi tanta creatividad ni tanta imaginación para divertirse, para hacer teatro y para disfrazarse como entre las prisioneras de la Dictadura. La Nieves tenía más utilería que el Teatro Municipal, porque la sacaba casi de la madera. En un dos por tres se disfrazaba de española con castañuelas de hueso, vestido de papel y claveles de plástico, o se convertía en paco, con uniforme, gorra y charreteras que fabricaba con la misma ropa nuestra, más unas cuantas porquerías que acarrea desde su primera detención en el Estadio Nacional, y que fue heredando de otros prisioneros que salían expulsados, o eran trasladados a otros campos o a casas de tortura y exterminio...

LOS NUEVOS JEFES

Tres Alamos, como dije, estaba bajo la vigilancia de Carabineros. El jefe a cargo era el siniestro Conrado Pecheco. Un personaje sórdido, con un curriculum impecable para el cargo: Venía del norte, con un largo historial de corrupción y contrabando y en su hoja de servicio traía un sumario por torturar borrachitos cuando era jefe de tenencia.

Con esa maravilla nos tuvimos que ver las caras durante más de 2 años. Nos odiaba fieramente y trató, por todos los medios, de hacernos la vida imposible. Por cualquier nadería nos dejaba sin visita, no accedía a ninguna petición si podía negarse y, desde luego, la comida nuestra era mucho peor que la que daban a los hombres. Inventaba obstáculos para no dejarnos ver a nuestros compañeros. En cuanto podía, se llevaba a alguna al calabozo o creaba situaciones para

perseguirnos y hostilizarnos, como lo hacía con la Chela Alvarez y la María, a las que no dejó nunca en paz, hasta que una salió libre y la otra expulsada de Chile.

Su sadismo no paraba en nada. En un día de visita, mandó a la DINA a la madre y al esposo de la Marieta Castro una actriz que estaba prisionera en 3 Alamos. A la Marieta, que era la prisionera, la mandaron de vuelta al campamento, pero su madre y su esposo hasta el día de hoy están desaparecidos, y nunca jamás se haya sabido que fue lo que pasó con ellos. ellos.

A menudo el Conrado aparecía por el barrancón o por los diversos encierros donde nos tuvieran relegadas, acompañado de un séquito compuesto por el cocinero, algún administrativo, el practicante, dos o tres guardias más alguna paca. Se paseaba mirándonos socarronamente. A veces se detenía a preguntarle obviedades a alguna prisionera o, simplemente, a mirarla descaradamente. Después de su paseo nos hacía formar para endilgarnos sus consejos:

- "¡Aquí, yo les advierto! Nada de andar fosforeando, (hablando de política). Téngalo bien clarito: Está prohibido fosforear".

- "¿Pa' qué se meten en éso? No ven que no sacan na'. ¿Qué es lo que han sacado con eso?... ¡Nada! Ya ven... Ustedes las tontas aquí, y los otros afuera dándose la gran vida y ni se acuerdan de mujer ni menos de hijos. ¿Se acuerdan de ustedes? ¡Qué se van a acordar si allá andan con otras!

En ese punto paraba y paseaba su mirada por las filas de mujeres formadas, como diciendo: "¡cómo vamos!", y continuaba con tono conciliador.

- "La mujer no es para estas cosas. Porque yo siempre he dicho que cuando sale sola, ya cuando vuelve no es nunca la misma...". -De nuevo pasaba su mirada por las filas y seguía.

Uno no es tonto, ¿o ustedes creen que me hacen lesa? Cuidaito con andar con el gusanito, porque si no, ahí no más van a saber cuantos pares son tres moscas. .."-

Otras veces, el cretino se ufanaba del status profesional

de algunas presas, especialmente cuando venían delegaciones del alto mando en vista de inspección.

Me parece verlo, tieso como un huso y empinado en sus zapatos para estirar su corta estatura, mientras daba la cuenta:

- "Aquí está la gente, mi coronel. Toda bien y en orden. Porque aquí, entre los presos, hay de todo. Yo aquí le tengo médicos, 2 médicos hay aquí; le tengo artistas, no ve que aquí está la Sara Astica que ha hecho hasta películas y salía en la tele; abogados también tengo, una o dos y una dentista. ¡Ah! y una bailarina... de esto... de ballet y... así pues, varias profesionales presas le tengo yo aquí mi coronel".

Nosotras teníamos niños nacidos en el campamento... 6 niños llegamos a tener.' La negra Amanda, 2 Migueles y un José Miguel, una Isabel, el Chinito. Los adorábamos y los malcriábamos como mejor podíamos.

¿Dónde estará la Amanda? A la Isabel la vi. Es una linda adolescente. ¿Qué será del Miguel, de la Rosa y el Miguel de la Leti? ¿Qué hará el Chinito en el exilio?

También teníamos ancianas dignas y valerosas y adolescentes despiertas y aguerridas.

TRASLADOS

Como a los 3 meses de estar en 3 Alamos, llevaron a un lote de hombres a Puchuncaví y a nosotros nos trasladaron al Pabellón que ellos desocuparon. Entre los que se llevaban iban el Flaco, Charme, Pepone y muchos de los que veníamos juntos desde la Villa. Fue duro lo del traslado porque nos alejábamos más y más, y así más crecía nuestra incertidumbre volvernos a encontrar y aumentaban nuestras penas.

Al poco tiempo y en pleno invierno, nos trasladaron a Pirque un lugar de veraneo de ña empresa estatal Soquimích, para no dar el espectáculo de tener una multitud de mujeres y niños hacinados en barracones insalubres ante la Comisión de Derechos Humanos de la OEA, que al final no vino, porque la Junta se opuso...

En ese lugar hacía un frío espantoso porque como era invierno nevada y las cabañas no tenían protección contra el hielo. Tampoco había agua potable, por lo que cuando empezó el calor, llegó el azote de la diarrea, que atacó a más del cincuenta por ciento de las presas. El Consejo de Ancianos le reclamó al jefe de campo, y con los análisis en la mano se le demostró que lo que nosotros tomábamos era mierda disuelta en agua. Pero no nos dio crédito hasta que las propias Fuerzas Especiales que nos custodiaban rodeando el Campamento armados hasta los dientes, comenzaron a cagarse en la guardia atacados por una cagazón que no les daba tiempo ni para bajarse los pantalones. Recién ahí vino la solución. Siempre al estilo de las Fuerzas del Orden: "Se acabó el agua señores. Queda estrictamente prohibido, bajo pena de castigo, tomar agua de las llaves". Enseguida comenzaron a traer agua en tambores para lo estrictamente indispensable, es decir, para no perecer de sed, y por largo tiempo no pudimos lavarnos ni lavar nuestra ropa.

En esos, días estalló el problema de los desaparecidos. Atónitas leímos "Miristas mueren como ratas enfrentándose entre ellos en la Argentina". La noticia era parte de la farsa montada por el gobierno para zafarse del problema de los desaparecidos. Aún tengo la huella del dolor horrible de esos días de ira. Allí, prisioneras, había compañeras, esposas, hijas, hermanas de los desaparecidos. Muchos de los 119 nombrados en las listas de los dos diarios de Argentina y Brasil, editados ex profeso para montar la farsa, habían estado con nosotros. Eran los mismos que vimos salir en larga hilera desde la Grimaldi o que habíamos visto en alguna de las tantas casas de tortura por las que se pasaba en esos tiempos de exterminio. De inmediato temblamos por una multitud de compañeros que nos faltaban desde hacía mucho tiempo y que se nos extraviaron después de haber caído juntos, o de habernos topado en alguna casa de tortura, oído en una sesión de interrogatorio, compartido alguna incomunicación o algún traslado. Nos preguntábamos por la Muriel, por Alfonso Chanfreau, por el Baucha y por tantos... Eran compañeros

que esperábamos desde hacía largo tiempo y que no llegaban de ningún lado a ninguna parte.

Nosotros éramos y somos testigos. Entonces no podíamos dejar pasar así no más esa masacre, ese siniestro plan de aniquilamiento, esa mascarada brutal con que el gobierno pretendía cubrir su responsabilidad criminal en estos hechos. Y la respuesta solapada de los diarios era una farsa inmundada, un cuento, para tontos, una historia macabra y cruel que sólo podía tentar a los que con tal de echarle tierra al asunto, se tragaban cualquier basura.

Y lo peor, es que junto a esas penas escuchábamos por la Radio Moscú la triste carta del PC "La Ultraizquierda: Caballo de Troya del Imperialismo". ¡Daban ganas de morirse!

LA HUELGA DE PUCHUNCAVI

La primera huelga que hubo en Chile después del golpe, fue la de los presos de Puchuncaví por los 119 desaparecidos.

Para luchar por denunciar al mundo esa mentira, para parar las desapariciones, para resguardar la vida; se fueron a la huelga 98 prisioneros, custodiados por el más selecto grupo de infantes de marina de la armada chilena. Con un alto grado de represión encima; inermes ante cualquier arbitrariedad que se quisiera cometer con ellos y en peligro de volver a los campos de tortura o de desaparecer del mismo modo que los que defendían, tuvieron el valor de hacer una huelga de hambre que duró 8 días interminables... Una huelga que contó con el apoyo de sus familiares para llevar y traer las agencias noticiosas al extranjero y que hacían turno junto a las alambradas, para ver si con su presencia escuálida podían impedir una masacre o una represalia contra los huelguistas.

Fue una huelga heroica. Una muestra inmensa de dignidad y de coraje. Fue una huelga empapada en tal espíritu de ira y generosidad, que rescató, en esos días de derrota, la Convicción de que siempre habrá quien luche y que siempre habrá fuerzas para vencer. Porque esa huelga mostró que el Quijote aún cabalga por estas tierras de medianas y de

componendas. De demócratas que por quítame allá estas pajas esconden la cabeza bajo el ala, y cacarean que los que luchan son subversivos, cuando no, mentecatos. Que grandilocuente llaman a la claudicación realismo político, mientras el diálogo apapayado con la dictadura es su mejor instrumento de lucha, y la mejor consigna; aquella maravilla de eclecticismo que dice: "Estamos contra la viol9ncia, venga de donde venga". Haciendo abstracción de los crímenes y atropellos, que sin paralelo, han sido cometidos por la ralea que tiene el poder en este país, copado militarmente a bombazo limpio y que se metió la democracia en buena parte, dejando estelas de miles de desaparecidos y de muertos, millones de muertos de hambre, de desesperados, de prostitutas niñas, de niños vagos, de jóvenes sin futuro y de drogadictos, de obreros cesantes y de mendigos y alcoholizados que caminan sin destino buscando lo que nos encuentran. ¿Para qué? -se pregunta uno. ¿Para hacer más grande la patria y más moderna su economía y así participar del progreso y del ancho mundo del desarrollo?

-¡Las pinzas! Me decía un viejo camarada. "Toda esta faramalla es para que los ricos puedan gozar tranquilos de los bienes de este mundo. No ve que ellos solitos se creen los dueños de todo y les importa una raja que uno se reviente y que medio Chile se vaya a la mierda. Igual que a los gringos, que ahora se llevan hasta el aire sin que nadie les diga nada. Y la clase media, que está más apocada y comiendo más mierda, se engolosina con el consumo de autos, tragos, trapos, juguetes, recetas milagrosas para adelgazar y rejuvenecer, para ser más auténtica, más feliz, más chic, ...más estúpidos... Y así facilito se creen el cuento del diálogo, la lucha pacífica y la derrota política, y estrilan cuando la gallá saca su ira y se defiende".

Así hacen política los supereclécticos; los ultrademócratas. Política realista -inteligente como la llaman- para ese sector enajenado, repleto de consumo, de oropel, de falsas esperanzas y de arribismo, ya no criollo y folclórico como el de antes, sino pueril y repelente porque ahora es con la fanfarria

vulgar, la arrogancia y el mal gusto de la dictadura y su comparsa.

Por eso, ¿cómo no va a ser algo extraordinario lo que se hacía por resistir'? Las viejas peleando por sus hijos y sus compañeros con las tripas pegadas al espinazo de hambre y de miedo, pero bravas y sin aflojarle al preso, a la denuncia y al trámite de cualquier laya para arrebatárselo a la dictadura. Lo que aún se hace. Los que resisten, los que cagados de miedo apoyan, los que luchan de cualquier forma. Los que arriesgan la vida, los hijos, el trabajo y la tranquilidad porque ésto se acabe y verdaderamente haya más libertad y democracia. ¿Y la huelga de Puchunca, que ya casi no se recuerda?

Nosotros no fuimos a la huelga. No fue por falta de coraje. Teníamos todo listo y había acuerdo político con el PC y el PS de* hacerla. Pero, por una huevada falló el enlace... Estábamos sin visita...

Sin embargo, por esos días nos embarcamos en un trabajo minucioso de información acerca de todo cuanto sucedía con la represión: Sus métodos, sus técnicas, sus equipos; casas, oficiales a cargo. Tipo de fuerzas que actuaban en los operativos, vehículos, métodos de interrogatorio y torturas, instrumentos que usaban. El tipo de celdas, las órdenes, las relaciones de mando, etc.

También recogimos toda la Información contenida en la memoria de cada una de las prisioneras sobre cada uno de los compañeros con quienes les tocó compartir la represión: la detención, la tortura, el estado de salud y de ánimo, la prisión, la celda, etc.

Hicimos croquis de los lugares donde estuvimos, dibujamos el paisaje, la construcción y los hombres y la distribución de la guardia. Describimos en detalle cada una de estas cosas. Tratamos de que los datos fueran lo más exactos posibles haciendo toda una labor, por un lado, de fabricar los cuestionarios, las tablas de clasificación y los cuadros estadísticos que pudieran desentrañarla lo más fielmente Posible, y por otro lado haciendo conciencia de la Importancia Y la necesidad de recopilar esas históricas, para poder

denunciar los atropellos a prueba de cualquier objeción legal y no permitir que éso quedara sin castigo o que siguiera sucediendo sin traba de ningún tipo y sin advertencia para las víctimas.

Fue, como decía, un trabajo de locos. Tuvimos que hacer barretines para esconder una enorme cantidad de Información en un recinto cuidado y controlado día y noche por fuerzas especiales y expuestas a allanamientos constantes. Había una sapa de la que nos cuidábamos especialmente, lo que no era nada fácil, porque se metía en todo. Era metete cara de palo que además se sabía hacer la lesa para husmear sin vergüenza por todas partes, para después llevarle los cuentos al Pacheco, y, al parecer, sus favores.

La información procesada la escribíamos en pequeños pedazos de tela con la que rellenábamos los soporopos, que, a su vez, sacaban nuestras visitas, para llevarlas a la Vicaría y enviarlas a la Comisión de Derechos Humanos de la OEA.

En esos trozos de tela está escrita la historia brutal de esa tiempo. Allí están las declaraciones de gente, que con los datos frescos, entregó detalles valiosos, indispensables y únicos y que estarían perdidos, tanto por el olvido, como por las transformaciones que han sufrido los sitios de represión, los represores y las víctimas, muchas de ellas ya muertas o regadas por el mundo, sin poder atestiguar en la lejanía del exilio, si no fuera por esos testimonios recopilados en los mismos lugares da muerte y exterminio.

Alcanzamos a sacar todo lo que logramos recomponer antes que los pacos nos hicieran un allanamiento sorpresivo y violento y que empezaran a destripar los soporopos.

LAS PENAS DE AMOR

La huelga nos encontró fuertes, pero estábamos muy preocupadas por los hombres porque la represión se había endurecido. Temíamos lo peor y no teníamos forma de saber que sucedía, porque estábamos incomunicadas.

Fue un alivio saber que habían conseguido sus objetivos

de alertar sobre la mentira de los enfrentamientos entre militantes de izquierda y que el Cardenal, Monseñor Silva Henríquez, interviniera ante el Gobierno para hacer una investigación sobre el caso de los detenidos desaparecidos, para dar respuesta de esas vidas; con lo que se terminaba la huelga.

Ya por ese tiempo, la ausencia de nuestros hijos y de nuestras parejas nos pesaba. Una tristeza difusa y persistente nos angustiaba a muchas. A veces nos desesperábamos y llorábamos solas, por la noche. Sufríamos males reales e imaginarios que a veces nos producían disturbios hormonales y dolores imprecisos y, de repente, nos enmudecíamos por días.

La mayoría superó estas cosas; pero con dolores grandes, haciéndonos más sensibles, más perceptivas, más poéticas. Sublimábamos mucho nuestras penas y carencias, y también las racionalizábamos, dándonos una multitud de argumentos políticos e invocándolos como talismanes para explicar lo inexplicable.

Cuando escaseaban las cartas y los recados que nos traían los parientes, uno se moría de dudas y de miedos. Eso podía ser señal de que el amor se estaba marchitando o que otro amor furtivo de los días de visita nos estaba desplazando. Pero también era terrible tener que mandar a decir al otro que uno ya no lo amaba, que había otro; otro que venía los miércoles de 2 a 4, o que conocimos allá o acá y que lo sentíamos mucho porque siempre lo recordaríamos como el más grande y el mejor compañero, pero que sólo eso... y que ya alguna vez podríamos hablar más largo y con más detalles, cuando pudiéramos... tal vez...

No, no era fácil contener la inmensa ternura que nos desbordaba y el incontenible deseo de amar y que nos amaran, después de tanta violencia y dolor soportado y en esa indigencia infinita de amor y de pareja que sufren los presos.

LA LIBERTAD

Durante un tiempo comenzaron a correr rumores que hablaban de que no nos liberarían hasta que la dictadura terminara.

Otra contada era, que las Naciones Unidas habilitaría un lugar para los prisioneros, controlado por personal del propio organismo. Pero eso fue descartado por descabellado. ¡Cómo las naciones Unidas iba a andar administrando cárceles! Después, alguien trajo la novedad de que nos expulsarían a todas del país. A las mujeres solamente. Entonces temblábamos de ser expulsadas y dejar a nuestros compañeros aquí presos. Se habló también de que nos pasarían a los tribunales a todos y que allí se vería nuestra suerte, pero que, en definitiva, nadie quedaría libre en Chile.

El caso es que algunos prisioneros salieron expulsados de repente comenzaron a llamar gente. La fichaban, le ordenaban buscar sus cosas en cinco minutos y las mandaban a su casa.

Cuando me llegó el turno, no lo podía creer y tuve temor de que fuera una jugada sucia, ya que en ese momento me tenían castigada y sin visita, por haber sido sorprendida imitando a las visitadoras que nos metieron los pacos, para que nos preguntaran con toda desfachatez, como estábamos y que problemas teníamos.

Sin dejarnos tiempo para despedidas nos metieron en un bus y nos llevaron, con gran despliegue de escoltas de seguridad, a 3 Alamos, donde nos dieron la "libertad". lo que en el lenguaje de ellos y en lo que en su entendimiento, llaman libertad, es un papel. Un papel que decía que se nos dejaba en libertad después de haber estado detenidas por Ley de Estado de Sitio. Era un papel escueto en su contenido y casi neutral, pero con una cantidad de firmas y escudos que lo hacían temible.

Nos soltaron, y en verdad no hallábamos qué hacer. Yo no tenía donde ir. Ya no tenía casa mis dos hijos menores vivían con su padre, que se había casado y tenía nuevo hogar, y los

mayores estaban en el exilio. Mis familiares vivían en el sur y ni se enteraron que yo de nuevo estaba presa porque así lo quise yo. Tampoco tenía contactos con el partido afuera.

Me encontré sin tener donde ir y con miedo de quedarme por allí, sin testigos, por si de nuevo me encerraban. De un almacén llamé a una amiga que me fue a buscar de inmediato en su auto destartalado. A mitad de camino quedamos en pana. Entonces aproveché para hacer que por largo tiempo anhelé: me metí a un boliche y pedí un huevo frito y una cerveza.

Después vino la larga batalla por conseguir una casa para poder rehacer la vida con mis hijos y porque me dejaran entrar a los campos de prisioneros a ver a mi compañero. Pero ya era tarde para rehacer la familia, puesto que la vida no retrocede. Se había perdido toda una etapa que nunca jamás volvería.

Entonces... sólo nos quedó el amor que nos teníamos para apoyarnos en esta larga lucha y en este duro destierro de la vida en que nos sumió la dictadura.

DESPUES DE TANTOS AÑOS

Ocho de septiembre de 1986, los asesinos de la dictadura acribillaron al Pepe. El Pepone, ese que defendía a gritos la lealtad contra la traición allá en la Grimaldi y que siguió luchando en Chile y que debió partir a contrapelo, obedeciendo órdenes, y que volvió porque no quería apagarse sin luchar.

En esos días tan negros, no tuve otro refugio que mi compañero y te escribí algunas palabras porque estaba lejos:

"Amor mío: -le escribí- Estoy abrumada por la muerte del Pepe. Cada una de las muertes de los compañeros me marca, y aún llevo la herida abierta de la muerte de Charme y la caída del Chico Feliciano. Por eso hoy me volví a pie de donde la Silvia caminando por el parque para tranquilizarme un poco y recordarte.

A pesar del día oscuro, los árboles estaban lindísimos. Aún siguen saliéndole hojas y todavía están limpios; verdes y

brillantes. Me detuve a mirar algunos y recordé que todos los años somos testigos asombrados de ese milagro, y que muchas veces nos hemos refugiado en esa belleza y en esos olores para reconfortarnos de tanto dolor, de tanto tumbo, de tan largo proceso. Mientras caminaba fui sopesando todo lo acontecido en estos años y me di cuenta que ese cansancio que noto desde hace unos días, es el resultado de tanta cosa dura que nos ha tocado vivir. Ha sido tremendamente inhumano este tiempo para nosotros.

Mi amor, mientras caminaba por el pasto y vela los arboles, también se me venía a la mente que no se puede seguir bloqueados por el tiempo, por los métodos artesanales y las ideas prestadas. Debemos crecer rápido, y guardar un poco la bella, la pura ilusión y el dulce idealismo que es nuestro hermoso sello de juventud, porque la política de esta hora es cruel, es dura, es antropófaga. Y hay que ser prácticos y fríos, además da fuertes y decididos, claros y rotundos, para poder hacer parir, en medio del caos y del drama, la belleza, la luz, la nueva vida. Es que ya basta que nuestros mejores compañeros, los que son más necesarios e irremplazables; todos esos hombres y mujeres que hemos perdido, estén formando colección de libros - testimonio y galerías de héroes. Me niego a seguir inmortalizando a los nuestros, en posters, afiches, crónicas, aniversarios y... funerales! -

¡Hay que morir sólo cuando es estrictamente necesario!
¡Nadie más debe morir por derroche! Aunque todos estemos dispuestos a morir, si es necesario.

Mi amor, a lo largo del paseo pensé estas cosas y entremedio me extasié mirando un árbol repleto de flores blancas. Era un árbol casi irreal y me acerqué para colocarme bajo sus ramas.

¡No te puedes imaginar lo lindo que es! Ojalá llegues pronto para que los puedas ver. Si no, ya no será posible que lo veas hasta este otro año, porque sus flores están a punto de cuajar y convertirse en frutos.

luego, más allá, divisé a la Ninfa, la vieja vaga. Está más flaca y vieja. Felizmente ya pasó el Invierno y empezará a

disfrutar del sol y a desquitarse de sus fríos y de la humedad que le pone musgo a sus huesos. Supongo que al menos tiene asegurado pasar el verano, pero creo que sólo por milagro parará otro invierno a la intemperie aquí en el parque; en esa escuadra que forman las bancas de cemento dónde está la ceiba gigante que las cubre.

¡Qué vidas, mi amor! No sé por qué me intriga pensar en esos seres, en cómo viven, con quién hablan, qué piensan, en qué creen. ¿Por qué viven ahí? ¿Qué comen? Casi nunca comida caliente. ¿De dónde vienen? ¿Cómo es que llegó la Ninfa a ese lugar y a ese estado de perfecta Indiferencia hacia los de su misma especie? Porque jamás la he visto conversar, sino hablando consigo misma y nunca la he visto acompañada; siempre sola arrastrando sus atados de tiras, trapos y cartones, o haciendo su fogata de palitos para medio calentar agua en una tarrita tiznada para tomarse un té.

Llegué a la casa dándole vueltas a la idea que me ronda hace tiempo. Se trata de ir recopilando y conservando los testimonios escritos del Partido y tus escritos, para resguardar todo un proceso político vivido y luchando activa y consecuentemente, en los momentos más duros de la historia de este país. Creo que es urgente hacerlo, pero no como un archivo - museo para- sacralizar principios y almacenar historias, sino como el rescate de una experiencia viva que debe servir y aportar al fortalecimiento y recreación de una alternativa real de liberación.

Luego, me senté a leer el Mercurio. Venían dos entrevistas: Una de un milico adoctrinado y elemental: todo claro; en orden. Consciente del poder. Y su contrapartida del cuerpo D, con un personaje de la "Izquierda Democrática" mostrando toda la lógica y a la vez la ficción de sus planteamientos abstraídos de la realidad y perfectamente decorados con bigotes abundantes, ropa moderna y un infaltable toque de insolencia para decir cosas de sentido común, añejas y tan ambiguas, que al leerlo uno cree que se equivocó de país y de diario, y que en vez del Mercurio, es el diario "El país" de España y lo que allí describe como realidad

nacional es lo que sucede en Madrid o Barcelona o, tal vez, en Francia...

Sin embargo pienso que el milico y el político de izquierda "civilizada" son, de alguna manera, el costo de una izquierda tan llena de heroísmos y tan golpeada como insuficiente en agilidad política, en autonomía y decisión. Tan deficiente en el arte de hacer política y en creatividad, y por lo mismo tantas veces sectaria y dogmática. Y todo ésto lo afirmo más con preocupación que con resentimiento; a ella pertenezco. Lo digo tratando de desentrañar la verdad desde una rica experiencia, pero también, de una enmarañada red de mitos, de mentiras piadosas, de optimismos pueriles, de cuentas alegres, porque ya es hora, mi bien, de hacer de los locos sueños sustentados con tantas vidas, una cosa viable".

El tiempo no acaba de pasar y siguen las luchas, el amor... la vida. Y aquí estamos otra vez, escarbándonos por dentro para encontrar fuerza. Han sido años de clandestinidad, de trabajo duro, de esfuerzo por echar raíces. Años de desbarajustes y de exilios. De alegrías delirantes cuando otros pueblos han conseguido sus victorias.

Momentos de felicidad en fantásticos encuentros. Pero, por sobre todo, seguimos aquí; en la brecha. Más cansados. Tal vez más sabios y quizás por ello más cautelosos; menos entusiastas, pero más concretos y persistentes. Con un montón de penas y llorando a los muertos que cargamos en el corazón. Emputecidos y empecinados remontando derrotas que nos golpean y nos desgarran. Siempre aferrados a la convicción de que aquí; en medio de tanta pesadilla, con los de mas abajo, con los jóvenes, los locos y los iluminados; en algún lugar cierto y en algún tiempo, se anida un sueño claro que haremos realidad.

INDICE

Presentación	7
La Caída	9
La Tortura	23
Porotear	37
La Celda de las Mujeres	55
Afuera	73
Cuatro Atamos	79
Tres Alamos	83

© Carmen Rojas
Inscripción NO 69.951
Producción: Antonia Gómez
Impresión: José Miguel Bravo